

# El Ruedo

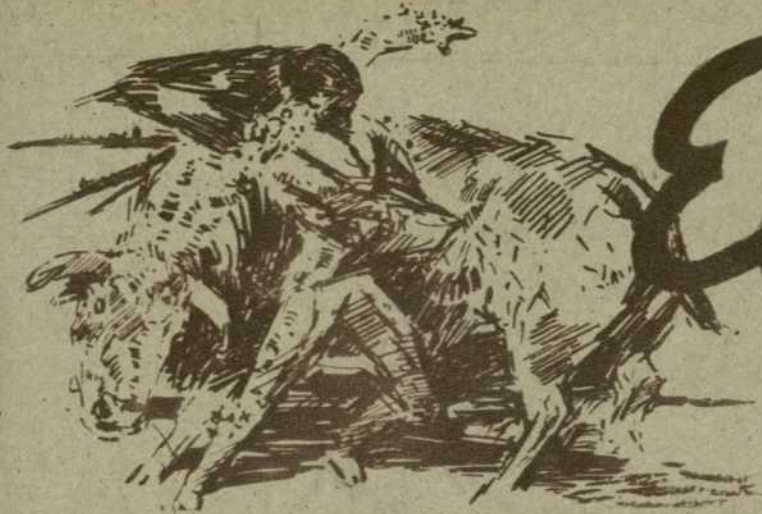


2  
Piaf

calderon



Dando leche a un becerrillo



# El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año IV - Madrid 9 de enero de 1947 - N.º 133



## ... Y DE NUEVO, EL TORO, CAMINO DE LOS CHIQUEROS

YA anda rodando por las columnas de los diarios la noticia del primer cartel de toros para este año de 1947 que acaba de comenzar. Se celebrará o no se celebrará tal como está anunciado; pero, por lo pronto, da un tema vivo al comentario de las tertulias acerca de lo que será la temporada. "Fulano toreará mucho este año", se dice.

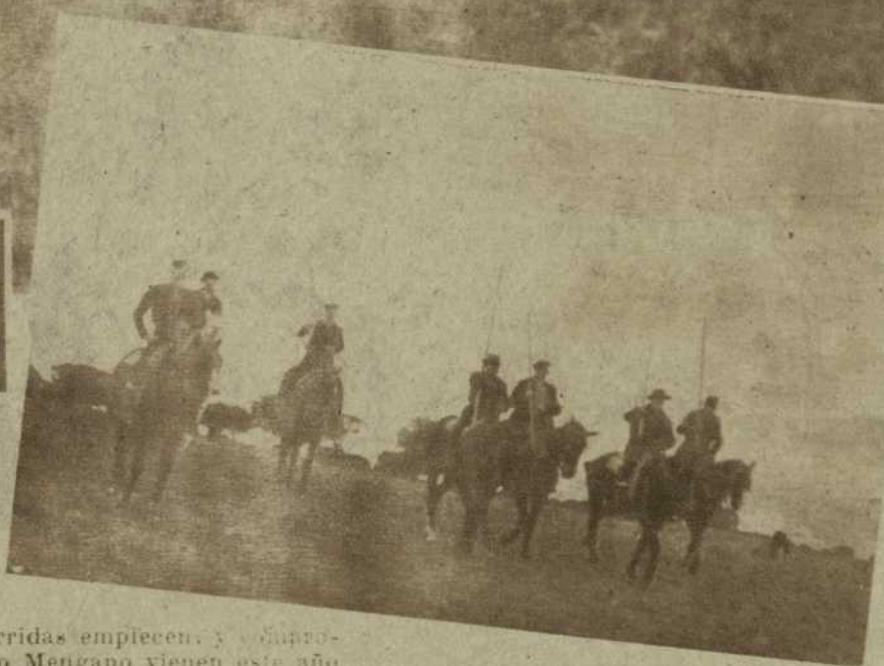
Mientras tanto, todavía, durante algún tiempo, la actualidad residirá en estas estampas —como las que reproducimos en esta página— del toro en el campo: de ganaderos y conocedores camino de las tientas, en las que generalmente se habla de que las becerras han dado una nota inmejorable; aunque luego, en las Plazas, no acusan esa casta y esa bravura que se pretenden y se elogian al calor de una fiesta campera, entre gente amable, bien educada y obsequiosa.

Antecedente indispensable, raíz de la fiesta; pero a la que sólo asisten unos pocos y a la que falta, por ello, esa emoción de las multitudes, que son las que mantienen y tensan el interés de las corridas. Sin el ambiente de los tendidos, sin la pasión del "ista", sin el comentario popular —hasta, si se quiere, indocto—, los toros apenas pa-

sarian de ser un deporte aristocrático. El "aficionado", de lo que verdaderamente está pendiente es de que las corridas empiecen, y aprobar que Fulano o Mengano vienen este año con ganas de pelea.

En tanto el primer cartel llega, el aficionado entretiene su impaciencia con el resultado de las corridas en los países americanos. ¿Por qué la gente no acaba de creer en ellos? ¿Será influencia de los antiguos cables que redactaban hiperbólicamente los apoderados? Porque hoy, importantes Agencias informativas relatan verdídicamente cuanto ocurre en Méjico, en los Estados, en Caracas..., y llega con cierta regularidad el documento gráfico.

Sin embargo, el aficionado duda y espera. De otra parte, este año, el aficionado no acaba de ver con claridad en lo que se ha dado en llamar "el pleito mejicano". ¿Se llegará a un acuerdo "justo"? ¿Prevalecerán otros imponderables que, por momen-



te taurinos? Porque a veces se gana una guerra y se pierde una paz...

Así, el año 1947 se inicia con una primera interrogante; y luego, con la muy particular de saber si de todas esas fiestas camperas, que ahora son la actualidad española única, va a salir o no el toro que dé y quite; con peto o sin peto en los caballos; pero que tenga presencia y sentido para catalogar a los valores toreros que van a echar sobre sus hombros la responsabilidad de una nueva temporada.

Ya no estamos en la temporada que acabó, sino en la que empieza. El comentario de lo pasado, el calendario lo echó atrás. Tientas, tientas, herraderos... Pero, ¿cuándo sale el toro por los chiqueros?



## AYER Y HOY

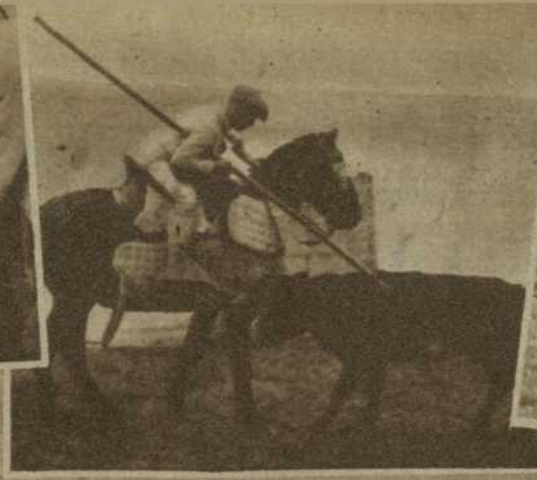
...«Siempre será la estocada lo más bonito y emocionante de la Fiesta...»

Por Antonio Casero





Los hierros vienen al rojo vivo de las candelas y los ganaderos marcan su ganado antes de echarle a la camada. A la izquierda, el señor Cervera, ilustre jefe de nuestra Armada y tío del novillero Ramón, observa la curiosa operación del herraje



Diecisiete becerras tentaron los Conradi. Casi todas recargaron al caballo



El Andaluz, templando en un buen pase de pecho...

## Tienta en la ganadería de CONRADI, en la placita de "El Marchante"

HE aquí una ganadería con estirpe, con solera y siglo XVIII, con reses del conde de Vistahercon personalidad. Fué fundada a mediados del mosi y Cabrera, y a través de don Domingo Varela, y luego, de la viuda de éste, pasó, en 1881 —hace ya sesenta y seis años, a don Carlos Conradi, abuelo de sus actuales poseedores, don Carlos y don Juan. Nunca salió de esta familia, consagrada siempre al ejercicio de las faenas y las tareas labradoras y ganaderas. Ambos hermanos —en perfecta unidad de criterio— rigen la preparación, el cuidado, la selección y, en suma, el negocio, de sus reses, entendiéndolas, más que como negocio en sí, como un arte, como una dedicación que requiere diario desvelo, constante afán...

Y mientras charlamos de estos orígenes, sobre esta placita de «El Marchante», en el campo de La Campana, campo sevillano, plumizo, en esta mañana fría —que en invierno también nosotros solemos cocher habas—, transcurre la faena de tienta, que don Carlos y don Juan dirigen personalmente. Sobre el ruedo están ahora Andaluz y Paquito Brú, que alternan en estas utrereras, para descanso de Ramón Cervera y Luis Alvarez. Manolo Andaluz va llevando a la novilla al caballo cuidadosamente, por delante, hasta encajarla en el sitio justo para que el piquero la tome. La res levanta la cara, vibra de bravura y se lanza, con coraje y con celo, sobre el peto del caballo. Una y otra vez —muchas veces— entra al piquero, y acude a los quites Paquito Brú. Cuando don Carlos, ya tomadas las notas convenientes, da la voz de «¡Está vista!», Andaluz toma muleta y varilla de fresno —léase «estoques»— y envuelve a la vaca en una faena de maestro, sobre la izquierda y como los cánones ordenan: un natural y el de pecho, otro natural y el de pecho... Manolo está, no hay duda, en su momento de madurez. Hace unos días, José María de Cossío le citaba aquí mismo, en este RUEDO, al hablar de cómo se carga la suerte. Y esto es lo que Andaluz ha llevado a plenitud de maestro: la ejecución del lance y de las faenas de muleta.

Sobre el burladero, Cervera y Paquito Brú miran, callados, la sobria, escueta y purísima lección del artifice trianero. Y don Juan Conradi, junto al viejo conocedor y los viejos piqueros y mozos de su campo —conocedores de otra época grande, de toreros soberanos—, dice a su hermano:

—Estamos viendo ahora el toreo verdadero... Andaluz interrumpe la faena e llama a unos afi-



Una manoletina de Ramón Cervera, el joven torero de San Fernando, en quien se interrumpe una tradición de marinos. Cervera va a ser un torero de valor y de buen estilo

cionados, que están a caballo sobre las tapias, esperando que se les ordene torear. He aquí otra estampa que va perdiéndose: el aficionadillo que va, carretera adelante, en busca de una ocasión para probar fortuna. La voz de Andaluz les busca:

—¡Venga, muchachos! ¡Que la becerria está buena!

Los «futuros fenómenos» caen al ruedo, y, por turno, perfectamente respetado, como un rito, alternan en dos faenas de muleta, llenas de voluntad y de afán. ¡Quién sabe!... La estampa sigue ahí, clavada, en pleno campo, entre las alambradas de los cercados, como un símbolo de la dureza que este camino de la fiesta encierra para todos los que llegan hasta sus abrojos...

Ramón Cervera, Andaluz Chico y Paquito Brú han estado incansables. En quites, en colocación de suertes, en muletas: hechos, como les exigen sus nombres, tres novilleros dignos del maestro con el que han alternado.

Don Carlos Conradi, camino ya del caserío, va contando anécdotas y noticias curiosas de su ganadería. Y resurge en su recuerdo aquel famoso toro Presidiario, de seis años, lidiado el 18 de julio de 1886, en la Maestranza, que mató trece caballos y quedó como un ejemplo de bravura en la historia de los toros famosos.

De pronto, nos dice don Juan Conradi:

—Pues ya ve. Entonces pareció chico. ¿Habría afición al toro?

Interrogamos a los hermanos Conradi sobre el actual y tan debatido problema de las puyas. Es don Carlos quien nos habla en nombre de los dos:

—A mi juicio, se habla del problema de las puyas, cuando debería hablarse del problema de los petos. Este sí que es un verdadero problema. El peto perjudica mucho a toda la lidia, y al toro, al quitarle su tercio de pelea, le hace mucho daño. Si se suprimiesen los petos, ganaríamos en estética de los caballos, en belleza de la suerte, puesto que la lucha de picador y toro quedaría restablecida en su verdadera expresión, tal y como se ordena en los cánones; en jinetes, porque muchos de los actuales picadores tendrían que saber algo que ahora desconocen: montar a caballo; en pureza del sentido del toro, porque los toros no se acribillarían contra un muro de algodones y telas; y, en general, en el conjunto de la lidia. Además, todo ese problema del toro grande o chico, quedaría casi oscurecido. Habría lucha, y los toros, castigados como debe hacerse, darían de sí cuanto tienen de verdad en su genio y su fuerza... El problema no es, por tanto, de las puyas, sino de los petos...

Por nuestra parte, estimamos que don Carlos y don Juan Conradi han intervenido en este «tercio» de las opiniones sobre la suerte de varas con originalidad y buen criterio.

Almorzamos en el caserío, mientras una lluvia fina brillanta el patio de la finca. Hace frío, y el comedor se puebla de canadienses, abrigos y pelli- zas. La chimenea grita su caliente cordialidad casera, y cuando ya la noche se acerca, cruzamos, a bordo del coche del Andaluz —solcito y efusivo para con EL RUEDO—, la carretera de Carmona. Un alto, al pie de las murallas romanas de este pueblo, para despedir a los compañeros de viaje: los Cervera, que van directos a San Fernando, y media hora después entramos en Sevilla.

M.

Uno de los hijos del señor Conradi toreó al alimón con Manolo Alvarez. Por si lo dudasen en su colegio, nosotros atestigüamos que Carlitos toreó, y bien por cierto. Al fondo, Paquito Brú, atento al quite, por si el «colegial» es arrollado...



Paquito Brú haciendo la suerte de matar en una de las becerras de Conradi

Paco Montero, nuestro colaborador en Sevilla, llevando a una de las becerras al caballo, por delante, como «los buenos». (Fotos Arenas).



## NUESTRA CONTRAPORTADA

# MANUEL CALDERON DIAZ



**E**RA Manuel Calderón natural de Alcalá de Guadaíra, como sus hermanos, también picadores, Antonio, Francisco y José. Manuel nació el 2 de octubre de 1840.

Al más joven de los hermanos Calderón le fué fácil el aprendizaje. Sus hermanos, ya famosos cuando él decidió seguir la profesión en la que los mayores habían destacado, le ayudaron grandemente, y Manuel no se vió obligado a comenzar su profesión por pueblos y en Plazas de poca categoría. Pero si fué el más afortunado de los hermanos en la iniciación de su profesión, fué el menos brillante de los cuatro, el menos decidido, el más desigual y el que murió a consecuencia de lesiones recibidas en el ruedo.

Manuel Calderón comenzó su trabajo en buenas cuadrillas. El 11 de septiembre de 1870 tomó en Madrid su alternativa de picador, y en la capital de España actuó durante las temporadas de 1873, 1875, 1878, 1879, 1880, 1881, 1882 y 1883. Cuando no actuaba en Madrid lo hacía en provincias.

Al retirarse Antonio y Francisco Calderón, ocuparon las vacantes que éstos dejaron, en la cuadrilla de Lagartijo, José y Manuel Calderón. Manuel Calderón fué picador en la cuadrilla de Lagartijo en la época más brillante del gran torero cordobés, y cuando se iniciaba la decadencia de Rafael Molina, murió Calderón a consecuencia de la caída que sufrió durante la lidia del primer toro en la corrida que se celebró el 30 de mayo de 1891 en la Plaza de Aranjuez. Las seis reses eran de Veragua, y el único matador, Lagartijo.

En *La Lidia* se narró así lo ocurrido: «Abrió plaza Lumoreo, retinto albardado, de mucho peso, buen mozo y bien colocado. No muy voluntarioso, puesto que solamente aguantó cinco puyazos; pero de gran poder en uno de Manuel Calderón, derribó a este de «atiguillo», echándole encima todo el peso de la cabalgadura. Conmocionado por el golpe el picador, fué retirado a la enfermería, continuando la lidia, clavando Antonio dos grandes pares al cuarteo y uno bueno Juan Molina, al sergo, y acabando Rafael con el primero de la corrida de una excelente estocada a volapié. Terminada ésta con los incidentes que nadie ignora, al trasladarse los diestros a la fonda y enterarse del estado de su compañero, se vino en conocimiento que lo que se creía una indisposición pasajera, como tantas otras del mismo origen, revestía caracteres de más gravedad, hasta el punto de que aumentando progresivamente, motivaron el fatal desenlace de privar de la vida al desdichado picador en las primeras horas del siguiente día.»

En la misma corrida del día de San Fernando, en Aranjuez, en la que, como queda dicho, actuaba de único espada Lagartijo, por entonces alejado del ruedo madrileño, fué herido de gravedad Francisco Bonarillo, Bonarillo, en aquella fecha novillero. De Bonarillo había dicho Lagartijo: «Este es un farol que se apaga.» Sin duda, contribuyó la herida que Bonarillo recibió aquella tarde al apagamiento del diestro sevillano, pues aunque el 27 de agosto del mismo año recibió la alternativa en Madrid de manos de Mazzantini, ya no fue ni siquiera el día que había sido. Ocurrió aquella tarde del 30 de mayo que, a causa de la temporal ausencia del ruedo madrileño de Lagartijo, se trasladaron a Aranjuez gran número de toreros y aficionados, y entre ellos Bonarillo, deseoso de ver al cordobés. El sexto toro, Luñares, negro al último tercio muy difícil. Bonarillo quiso, en vísperas de alternativa, dar muestras de su valer; saltó al ruedo, y pidió y obtuvo permiso para estoquear el toro. Al dar el segundo muletazo, fue cogido y lanzado a gran altura. Resultó con una herida grave en un muslo; herida cuyo recuerdo no le permitió alcanzar el puesto que por sus méritos merecía conseguido.

B.

# PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

**N**O, amigos, no; no hay que creer en esa decadencia de la Fiesta, de la que hablan, con buena fe sin duda, muchos aficionados. Los cambios que en ella se han verificado desde que comenzó a ser un espectáculo de masas hasta el momento actual son los naturales, los que en cada momento fueron imponiendo los tiempos y los gustos. Desde que el torero Martín Barcáiztegui, Martíncho, íntimo amigo de don Francisco de Goya y Lucientes, realizaba sus acrobáticas proezas con los pies sujetos por unos grilletes, a estos de ahora, en los que se habla de muletas de seda, verónicas de nardo, chicuelinas de incienso y otras imágenes por el estilo, han transcurrido ciento cincuenta años. Las costumbres de aquellos hombres, contemporáneos de Martíncho, son muy distintas a estos de hoy, contemporáneos de Manolete.



No es preciso buscar las diferencias, porque saltan a la vista. Hoy no interesarían las acrobacias de Martíncho, como no interesa la temeraria impavidez de Don Tancredo. Acaso podría discutirse —por discutir tan sólo— si estas exhibiciones circenses son más bellas y artísticas que una media verónica de Gitanillo de Triana o un pase cambiado de Antonio Bienvenida; pero lo cierto es que todos, absolutamente todos los espectadores de hoy, e incluso esos aficionados que se erigen en vestales de la Fiesta, se quedarían con lo que ahora disfrutan. De eso no hay duda.

Se hace hincapié, por los que proclaman la decadencia del toreo, en una cuestión fallada, y mejor que fallada, caducada: los petos de los caballos. A esto, los derrotistas y los ingenuos se agarran como a clavo ardiendo, para compadecerse de los pobres e inofensivos toritos de hoy, sin acordarse para nada del de verdad pobre e inofensivo caballo.

Nos recuerdan tales aficionados a esos respetables caballeros y señoras que se erigen en defensores y protectores de perros y gatos, con olvido absoluto del cordero, del pavo, del capón, de la vaca y de tantos seres vivientes como sacrifican, o permiten sacrificar, para su sustento y para regodeo de su apetito.

A estos protestantes, que aseguran que los toros de hoy llevan un castigo inadecuado a su potencia, a causa de los petos y de las exigencias de los matadores, se les podría demostrar sobre el terreno que están absolutamente equivocados. Los toritos que ellos creen, o dicen creer, inofensivos, bravos y ciertos al herir, dejarían para el arrastre tantos o más caballos que cuando éstos no iban protegidos por los petos, y si argumentaran que los petos son antiestéticos, se les podría replicar que los caballos empleados para la suerte de varas resultan tan feos los pobres con peto que sin peto, y que, en cambio, con los petos nos hemos ahorrado el sin discusión horrendo espectáculo de verlos morir despauzurrados o desangrados en la arena.

Por lo demás —están recientes las estadísticas del año 1946—, a esos toritos de hoy, tan compadecidos, se ve que les quedan fuerzas suficientes para dar feroces cornadas a los toreros, produciéndoles graves heridas, cuando no la muerte. Y si hay quienes estiman que para bien de la Fiesta es necesario que haya más heridos y más muertos que antes, se les podría demostrar, con datos al canto, que, por desgracia, así ocurre. En relación al número de espectáculos, es en nuestros días mucho mayor el número de percances que cuando no había petos.

La temporada del año que acaba de empezar tiene ya anunciado un primer espectáculo para el 7 de marzo, en Castellón de la Plana.

Con siete toros de Guardiola se las entenderán el rejoneador Pepe Anastasio y los diestros Pepín Martín Vázquez, Parrita y Vito. Esperamos otros anuncios para más próximas fechas en Málaga y Canarias. Y entre tanto, triunfan en Méjico los diestros españoles.

Morenito de Talavera, Manolete y El Choni, hasta ahora, cortan laureles para bien de la Fiesta, que, gracias a Dios, no decae.



Muy antiguo  
y muy moderno...

Un coñac de  
ayer para el  
gusto de hoy.



**VALDESPINO**  
JEREZ

# HA FALLECIDO EL ALGABEÑO

TENIA SETENTA  
Y DOS AÑOS  
FUÉ EL MEJOR  
ESTOQUEADOR  
DE SU ÉPOCA



Patio de la casa propiedad de El Algabeño, y en la que el ex-torero ha fallecido en Sevilla



Don José García Rodríguez, en su casa de Sevilla, rodeado de sus hijos. A su izquierda, Pepe, el que fué matador de toros



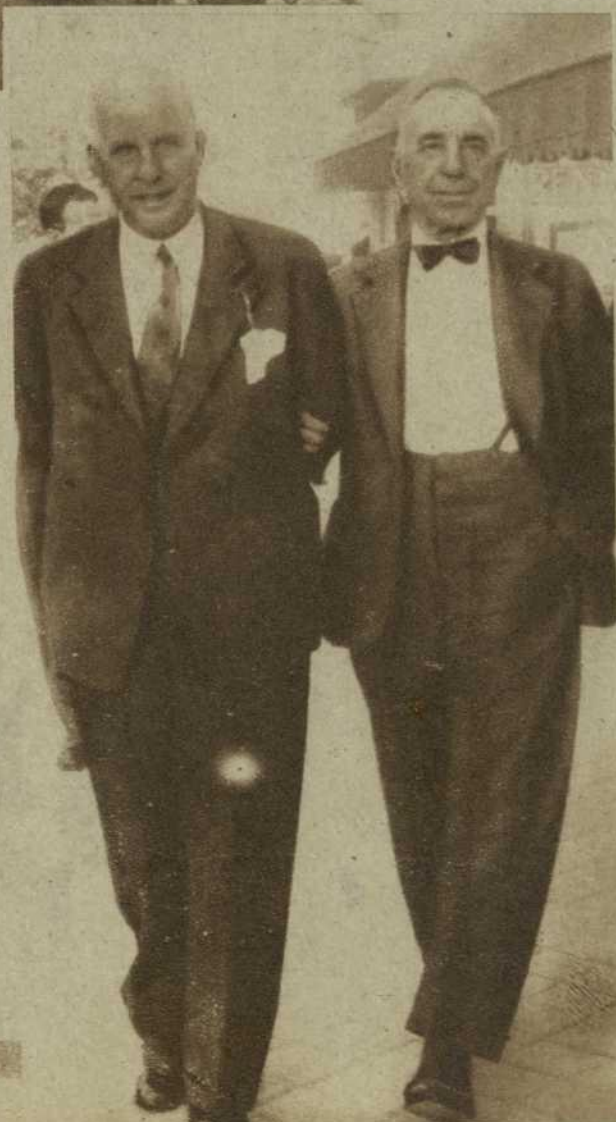
La última vez que el señor José García estuvo en Madrid fué fotografiado cuando paseaba por la calle de Alcalá con su gran amigo Vicente Pastor

El Algabeño en traje de calle, al mismo tiempo de tomar la alternativa

El pasado martes falleció en su casa de Sevilla el que fué famoso matador de toros José García Rodríguez, Algabeño. El miércoles, a las tres de la tarde, se verificó el entierro en el pueblo de La Algaba.

La noticia de la muerte del popularísimo torero produjo gran sentimiento en todos los medios taurinos españoles.

José García nació en La Algaba, pueblo distante once kilómetros de Sevilla, el día 14 de septiembre de 1875. José García no tuvo antecedentes taurinos en su familia; pero impresionado por los éxitos de Reverte, y fiado únicamente en sus portentosas facultades físicas y en su valor, decidió dedicarse a la arriesgada profesión de lidiar reses bravas, y en una capea de su pueblo mató un toro con gran acierto. Sin haber hecho el aprendizaje entonces corriente, se presentó en Sevilla el 9 de diciembre de 1894, y obtuvo un gran éxito. Alcanzó fama de valiente y gran estoqueador, y al año siguiente hizo su presentación como novillero en Madrid. En esta categoría de novillero fué una figura interesantísima, y actuó en los ruedos más importantes de España como base de cartel. Su carrera fué rápida, y en el mes de septiembre de 1895 tomó la alternativa de manos de Fernando El Gallo y con Emilio Torres como testigo. Si su triunfo fué grande como novillero, aun lo superó como matador de toros, y año hubo, el de 1900 concretamente, en el que tomó parte en 52 corridas, cifra en aque-



lla época que pocas veces se lograba. En 1902 fué a América, y toreó seis corridas y un beneficio. Su última corrida la toreó en Pontevedra el 10 de agosto de 1912. Durante su vida torera mató 1.800 toros.

Como torero fué sobresaliente, porque conocía muy bien las condiciones de las reses, sabía qué lidia era la adecuada para cada toro y los dominaba pronto. Su valor fué extraordinario. Tuvo cogidas gravísimas; pero ninguna amenguó su ánimo, y de cada una salió siempre con mayores deseos de triunfar. Como estoqueador fué extraordinario, y puede ocupar brillantemente un puesto junto a los mejores de todas las épocas.

Desde su retirada vivía en Sevilla atendiendo la administración de sus propiedades.

Su hijo, el matador de toros y rejoneador del mismo apodo, murió en el frente durante nuestra Guerra de Liberación.

Descanse en paz el extraordinario lidiador.

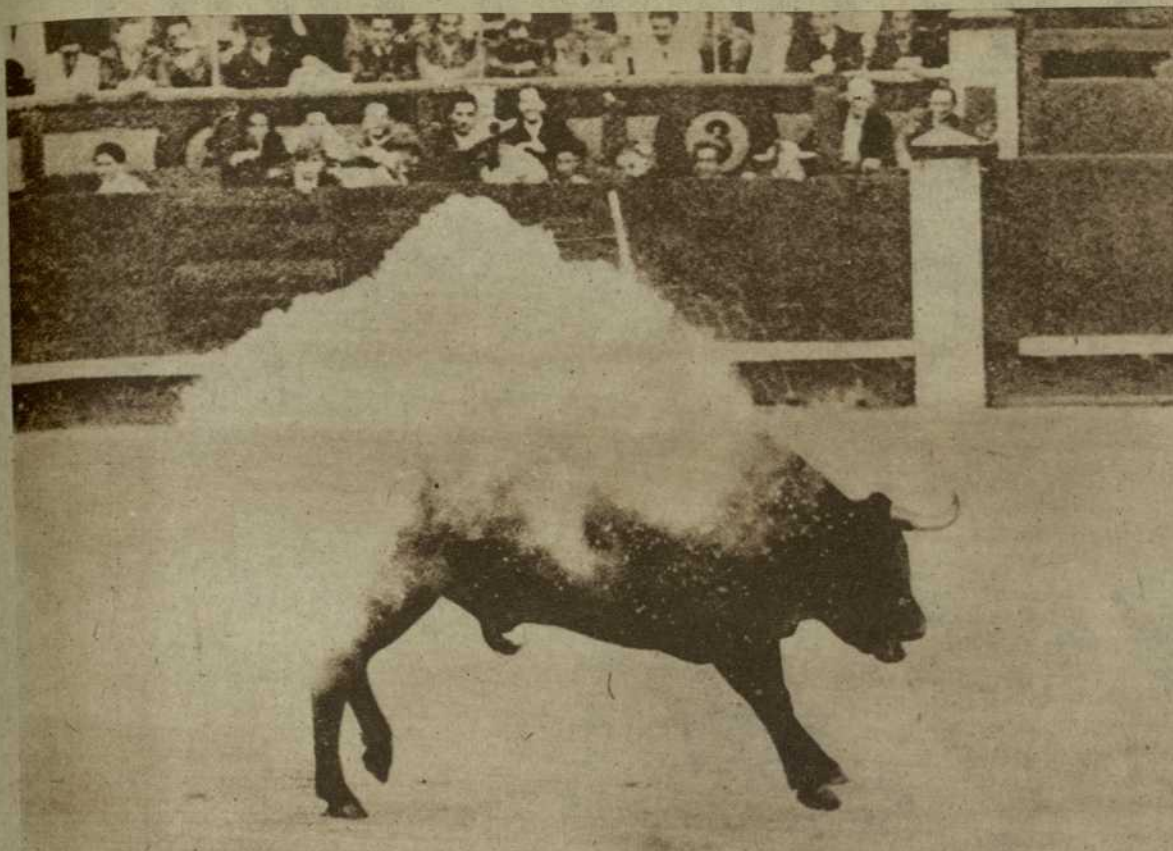
# Todos los años, por estas fechas, los toreros juegan al fútbol



1. Los toreros, todos los años, por estas fechas, organizan algunos partidos de fútbol. Y, para estar en forma, bajo la dirección de Cristóbal Becerra, han comenzado los entrenamientos. Carlos Arruza es el portero titular del once. — 2. El mister —Becerra, realmente, parece un mister— cuida de la forma física de los jugadores. — 3. Carlos Arruza, que hace una semana nos decía «que los toros deben picarse mucho» —aunque luego, en el trabajo, por error, se hiciera constar «muy poco picados», cuando debía de haber dicho lo otro, sobrando, por tanto, ese «poco» colado de rondón en nuestra página—, saca a córner un difícilísimo balón. 4. Esta gran parada de Arruza, muy bien podría firmarla cualquier guardameta de Primera División. — 5. Fernando Gago y Manolo Navarro. — 6. Curro Caro, Arruza, Navarro, Fernando Gago y Cristóbal Becerra hacen un alto en el entrenamiento. — 7. Cristóbal Becerra le está diciendo a Carlos Arruza cómo debe bloquearse el balón (Fotos Cano).







NEW AND VICIOUS ASPECT OF SPANISH BULL-FIGHTING: A bull transfixed with a pair of banderillas (darts) which on contact are devised to burst into flame. This form of inciting the animals, doubtless involving them in excruciating pain, has recently been introduced in the Spanish bull-ring

## UN NUEVO Y CRUEL ASPECTO de la CORRIDA ESPAÑOLA

ASI LO AFIRMA LA REVISTA  
"THE SPHERE"

HACE unos días llegó a nuestras manos un ejemplar de la importante revista londinense «The Sphere», y nos detuvimos en contemplar los dos fotografados que aquí reproducimos. No era aventurado suponer que nos pusieran de vuelta y media, y hecha la traducción correspondiente, quedamos convencidos de aquella suposición, y al mismo tiempo asombrados de los disparates que encierra. Decía así:

«Un nuevo y cruel aspecto de la corrida española: Un toro, con unas banderillas de fuego que son destinadas, con su contacto sobre el toro, a quemarse. Esta forma de incitar a los animales, sin duda suponiendo para ellos un gran dolor, ha sido introducida hace poco en los ruedos españoles.»

«Enloquecido por las banderillas de fuego: Un toro en un ruedo español embiste contra un picador y su montura, y, durante algunos segundos, lleva sobre su lomo a montura y jinete. Esta foto evidencia muy claramente el grado de furor al cual es llevado el toro por efecto de las banderillas de fuego. Aunque no sea cierto que estas banderillas están siendo usadas en ruedos mayores, sin embargo concuerda muy poco con la muy repetida afirmación de que la corrida es un arte y que no es más cruel que cualquier otro deporte sangriento. El caballo, en la foto, es suficientemente protegido de los cuernos del toro; pero es dudoso que haya en verdad escapado del percance sin daño alguno.»

¡Señores, qué de disparates! Y lo más lamentable es que una revista de la importancia de «The Sphere» informe tan falsamente a sus lectores de una fiesta tan conocida y antigua como es la fiesta de los toros. Es la primera noticia que poseemos de la reciente introducción de las banderillas de fuego, ya que su uso es antiquísimo, y a instancia de la Sociedad Protectora de Animales fué suprimida en 1928, restableciéndose en 1930. Al toro que no tomaba las varas reglamentarias

se le colocaba una caperuza negra en un cuerno cuando era arrastrado. Esta medida fué protestada por los aficionados durante los dos años que estuvo implantada.

Aunque, al parecer, las banderillas de fuego excitan al toro, que por su mansedumbre no le ha hecho cara a los caballos, la experiencia ha demostrado que el manso condenado al fuego sigue, en la mayoría de los casos, tan manso como a la salida del chiquero, sirviendo la suerte más que nada como un descrédito para el ganadero; es decir, que primero está la suerte de varas y después la de banderillas; siendo absurdo suponer que después de retirados los caballos del ruedo pueda un toro echárselos sobre el lomo.

Con respecto a la crueldad que encierra el espectáculo ya se ha escrito bastante, y no es cosa de repetir lo que se ha venido diciendo durante muchos años. Quédese cada cual con sus luchas, más o menos sangrientas, que nosotros nos guardaremos de censurarlas, limitándonos a no insistir en ellas y quedándonos con nuestro magnífico espectáculo, que, desde hace muchísimos, fué elevado a la categoría de nacional, y cuyas manifestaciones de arte, belleza y valor, han sido cantadas por poetas y escritores que pasaron a la posteridad como genios de nuestra raza.

¡Ah!, y no olviden que las Plazas de Algeciras, Tarifa, La Línea y algunas otras, celebran muchos espectáculos de primera categoría que otras Plazas no podrían confeccionar por falta de una colonia extranjera que, ocupando un sesenta o setenta por ciento de las localidades, contribuyen con su afición y entusiasmo a sostener espléndidamente por aquellos contornos, en franca hermandad, nuestra sin par fiesta nacional, y esa colonia si que se habrá reído de sus compatriotas al leer las absurdas informaciones sobre el espectáculo.

FELIPE GARCIA CANTALEJO



MADDENED BY THE PLANTING OF A FIRE-DART: A bull in the Spanish arena charges a picador and his mount, and for a few seconds carries horse and rider upon its back. This picture evidences very forcibly the extent to which a bull can be goaded by the use of fire-darts. Whether these darts are being used in the larger arenas is not certain, but it hardly accords with the oft-repeated cry that bull-fighting is a science and is no more cruel than any other existing blood-sport. The horse in this picture, it will be seen, is heavily protected against injury from the bull's horns, but it is doubtful if it has, in fact, escaped injury

# PEPIN MARTIN VAZQUEZ



## LA FIGURÁ MAS DISCUTIDA DEL TOREO

**La Escuela de Tauromaquia se prepara para el curso académico**  
*Muchas de las grandes figuras del toreo hicieron allí su aprendizaje*  
**El Docto, la vaquilla Pepa y el becerrete Bartolo**

LOS torerillos de mi pueblo tendrán que continuar saltando las tapias del Matadero, si es que quieren mantener encendida la llama de su ilusión. Saltar las tapias del municipalizado Matadero o liar el hatillo e irse cantando sobre el polvo de un camino de herradura que bordea el río, hasta la dehesa donde se amamantan los toros. Y allí, sin la caricia de un burladero para escurrir el bulto, hacer frente a un torito de una hierba y pico, con unos cuernos que son un poema de inocencia. O —y esto es lo más triste para los zagales de mi pueblo— conformarse con el juego que pueda darles un becerrete de casta lechera.

Todo esto lo he pensado mientras el tranvía me llevaba hacia una de esas Escuelas taurinas que hay en Madrid, en el camino de Tetuán a las Ventas.

### HABLA EL DOCTO

El Docto —¡buen apodo, vive el cielo!— es el profesor de esta Escuela, instalada en una Plaza chiquita, casi infantil, con graderío para dos mil personas!

El Docto es el maestro de esta escuela primaria del toreo, fundada hace treinta años para enseñar los palotes del arte taurino a los perseverantes, a los parvulillos que tienen enderezada la vocación hacia el traje de luces. Y dice el maestro que pronto comenzará el curso; un curso tan irregular como el de un río saltarín y bravo, o como el de un estudiante que confundiera la Economía con la Modistería.

La matrícula está abierta; lo está siempre, eso es. Los «derechos» de matrícula (¡quién no se los ha gastado alguna vez, olvidándose de la vieja casa de la calle de San Bernardo!) son mínimos, de poca monta.

Dos veces por semana se suelta la vaquilla o el becerro, fue de todo hay en las viñas de El Docto.

### MAESTROS Y ESCOLARES

«La aplicación es la norma de los escolares de

esta Escuela», podía haber puesto el maestro en un gran cartel, a la puerta de este reducto de la ciencia taurina.

A un revolcón sucede otro revolcón. Alguna vez alguien se rompe una costilla. Pero esto no tiene demasiada importancia, porque partirse un hueso aprendiendo a torear es lo mismo que untarse de tinta los dedos cuando se está emborronando un cuaderno de palotes. Estas cosas son gajes del oficio: el duro aprendizaje de esta profesión, tachonada de caídas, fracturas, morrazos...

Con los escolares que han pasado por allí se puede formar un buen cuadro de honor: Escudero, el Estudiante... El pobre Liceaga también iba a practicar a esta Escuela taurina, que, otras veces, se reviste de solemnidad académica para recibir a los maestros del capote y la muleta, Belmonte, Barrera, Morenito de Talavera, Bienvenida y otros muchos «doctores» han matado en aquel ruedo o han ido a él como directores de lidia.

¡Menuda Plaza ésta!.. Si no sabe latines, como la vaquilla Pepa o el becerrete Bartolo, ha aprendido cuplés, y también es posible que retenga alguna escena de amor pelicularo.

El verano es el verano, y los señores bachilleres del trapo rojo se van a las ferias pueblerinas a ampliar estudios, en espera de que la suerte (en estas cosas del toreo hay que admitir la superstición) les traiga de la mano una «beca» para la Monumental de Madrid, la gran Universidad de los toreros. Así es que, durante el verano, la plazuela de

El Docto se queda más sola que la una, y se quita la morriña con aires flamencos o con películas de amor, de risa y de todo. Por la noche, cine y teatro a todo pasto; por la tarde, de vez en vez, la visita de algún que otro grupo de aficionados, que se sienten pintureros y van a consolarse con la pilleca de la Pepa o del Bartolo, que, a lo mejor, pierden los estribos y se lían a dar coces y mordiscos. ¡No está mal!...

### EL CURSO ACADEMICO

El otoño marca el comienzo de las enseñanzas en la Escuela taurina. El frío del invierno la hace languidecer. Pero en la primavera, la pequeña Plaza es un verdadero jubileo, un continuo trasiego de aprendices.

El «todo Madrid» que siente la vocación torera, o menos miedo que el corriente en los demás mortales, se va a esta Escuela. Y a torear el becerrete. Al cual, cuando aprenda de cozzentilla los latines de la picardía, habrá que suspenderlo y enviarlo a la carnicería. ¡Pobres bichos éstos, víctimas de su propia ciencia!

—Que cuando aquélla les llega —nos dice El Docto—, han amortizado ya su costo de bravura.

Y ahora podría entrar en escena un matarife cualquiera.

CRISTOBAL PAEZ



# PEPE LUIS, HABLA DEL "PROBLEMA" DE LAS PUYAS

"Cada toro requiere un castigo. Esto no puede estar previsto en ninguna reglamentación"

**E**STAMOS al habla con Pepe Luis Vázquez, en el jardín de su casa de Nervión, este simpático barrio sevillano, entre campesino y urbano, donde los arriates y los huertos pequeños ponen una luz alegre y viva. Pepe Luis acaba de comprar la ganadería del marqués de Albaida, con muchas cabezas y varias corridas de toros ya listas para esta temporada. La charla que con él sostenemos acerca del problema, tan debatido, de las puyas y de la suerte de varas, adquiere en estos momentos doble expresión. Pepe Luis va a respondernos como torero y como ganadero, seguidor de una divisa de crédito y de prestigio.

—Yo creo —nos ha dicho el gran torero— que el problema de las puyas tiene muy difícil solución. Sobre todo en su aspecto reglamentario y ordenancista. Estimo que no se puede expresar, reglamentariamente, el número de varas que deben colocarse a un toro, de manera taxativa, porque cada uno tiene un temperamento, una fuerza, un modo de vencerse, un estilo, etc. Todo esto, que aparentemente pudiera no resultarnos argumentos que justifiquen la inutilidad del reglamento en esta suerte, influye notoriamente, no sólo en el toro, sino en la forma en que éste pasa al resto de la lidia.

Pepe Luis Vázquez piensa unos instantes y prosigue:

—Creo que debiera dejarse a discreción presidencial el castigo de los toros. Una discreción bien aconsejada, bien asesorada, que en esto si que debieran no limitarse las exigencias de la autoridad. Entonces coincidiría siempre o casi siempre —hasta la perfección del sistema— el castigo con las necesidades del poderío o fuerza del toro, y el público, además, se acostumbraría a ir viendo la lidia con más sentido y más criterio que ahora se hace.

—¿Qué opinión tienes de las pruebas que se han hecho últimamente?

—Están inspiradas en la mejor voluntad de resolución del problema. Pero creo que ese embudo no hace efectiva la suerte, por una serie de pequeños inconvenientes técnicos, en



La familia Vázquez, en la charla de Pepe Luis para EL RUEDO. — De izquierda a derecha: el famoso torero, su hermano Rafael, don José Vázquez, padre; Manolo — otro —, «exquisito de la casa»; Paquito Brú y nuestro colaborador



Pepe Luis Vázquez, en la puerta de su casa sevillana, comenta con Brú y nuestro colaborador, Paco Montero, sus proyectos como flamante ganadero... (Fotos Arenas)

virtud de los cuales habría muchos fallos, muchos resbalamientos, muchos errores, y todo —esto es seguro— perjudica la pureza del instinto del toro. Con todas estas pruebas, que además no pueden hacerse en la Plaza, sino en el campo o a puertas cerradas en la Plaza, se perjudica al toro, se le desconcierta y no da resultado alguno.

Charlamos ahora de su opinión como ganadero, y Pepe Luis Vázquez, amable y efusivo, nos complace.

—Yo acabo de ingresar en la denominación. Hace unos días que he comprado lo de Al-

baida. Pero no hace falta ser ganadero para hablar del caso. Puesto que el objetivo actual —no se pierda esto de vista, porque lo ha construido el mismo público así— del toro es hacer posible el esplendor y la brillantez de la fiesta, creo que cada toro debe ser picado en consecuencia de sus exigencias artísticas. El toro debe llegar a la muleta en razón directa al lucimiento que el público exige al torero. Y nada más. Si con dos varas está preparado, con dos. Si requiere cinco, hay que ponérselas. Unas veces por exceso y muchas por defecto, la suerte de varas no está en el sitio en que debiera estar. Y es, a mi juicio, la que puede en todo caso ahormar y modificar las condiciones iniciales de un toro en la lidia.

Manolo Vázquez —un nuevo torero de la casa— revuelve las curiosidades que Pepe Luis guarda de sus viajes a América. Rafael atiende ahora nuestra charla sobre los últimos tentaderos, mientras que Pepe Luis Vázquez y Paquito Brú conciertan fechas y ocasiones para iniciar las faenas de tiente y retienta de su ganado.

—Iremos al campo, porque quiero verlas todas. Quiero ser muy riguroso en estas faenas, y vamos a tener mucha tarea. Mis hermanos Manolo y Rafael, y Paquito Brú, no descansemos. Y si tú quieres «parar» a una becerro o hacer un «quite», eso tú veras si te conviene.

Salimos al sol del mediodía. Hace frío, pero Sevilla ofrece este sol —fugaz, pero fuerte— para que nos aliviemos.

Misericordias de esta tierra de María Santísima.

Generosidades que no se van del cielo ni en los días más crudos y desapacibles.

Y en este breve paseo ante la casa del torero, que ha hecho permanente y perfecta la gracia de la escuela torera de Sevilla, dejamos la charla y la visita.

Que el lector sepa por su cuenta el cierto juicio que con toda sencillez se hace en las respuestas del maestro de San Bernardo.

PACO MONTERO



El toro de oro modelado por Benlliure

el verdadero y supremo galardón. Una de las vacadas concursantes era la de los Herederos de don Vicente Martínez. Uno de los dueños, el que estaba al frente de ella, don Julián Fernández, consultó libros, comparó estirpes, estudió datos... y eligió el toro. El toro se llamaba Primoroso. Su casta, inmejorable. Su estampa —felizmente, su estampa también—, magnífica: negro, lustroso, gordo, largo, un poco brocho. El toro llamó la atención en el apartado.

La corrida la toreaban Marcial Lalanda, Valencia II y Fuentes Bejarano. Primoroso había de salir en primer lugar, por ser su ganadería la de mayor antigüedad de las seis que iban a disputar el premio. En aquellos tiempos —todavía serios— se respetaba la antigüedad. Hoy, cuando en una corrida se reúnen toros de más de un ganadero, no cuenta la antigüedad, y salen el orden que les conviene a los toreros,

## LOS SECRETOS del TORO



Marcial Lalanda



Valencia II



Fuentes Bejarano

según el lote que les haya correspondido en el sorteo. El torero manda, y el ganadero obedece.

Salió Primoroso en primer lugar. Salió despacio, como «desganado». Se movía lo preciso nada más, como si le costase trabajo moverse. Tomó las varas como por compromiso, y como por compromiso embestia a los capotes y se dejó poner las banderillas, y así llegó a la muleta. Toda la lidia la hizo quedado y soso. No hizo pelea de manso, sino de... taciturno.

El público estaba asombrado de aquella lidia extraña, y más asombrado aún el propio Marcial, a quien había correspondido. Marcial sabía —o suponía, por lo menos— que el toro era de nota inmejorable. Era un toro «de concurso». Marcial veía su preciosa lámina. Veía los ojos de Primoroso: ojos de toro bravo. Y aquel toro bravo no embestia, o embestia a la fuerza, obligado, sin genio, sin ganas. Tan asombrado estaba Marcial, que se ocupó de que en el desolladero examinasen bien al toro, para ver si encontraban en su cuerpo algo anormal.

Cuando el mayoral de la ganadería llegó a Colmenar Viejo y entró en casa de don Julián Fernández, que allí esperaba, ansioso, detalles, le entregó un paquete largo y estrecho, envuelto en papel de periódico.

—Tenga usted.

—¿Qué es esto?

—Lo que ha quitao el premio a Primoroso.

Don Julián desenvolvió el paquete. Y ante sus ojos, atónitos, apareció una varilla de un paraguas.

Los carniceros, ante la orden de Marcial, examinaron detenidamente los despojos de Primoroso, y encontraron aquella varilla incrustada en el hígado del animal. El veterinario afirmó que aquel toro ya no hubiera podido lidiarse al día siguiente.

¿Cómo pudo llegar aquel extraño objeto al hígado del toro?

Y, llegase como llegase, ¿no es indudable que los terribles dolores que sufriría Primoroso serían suficientes para obligarle a su casi inmovilidad y a su tristeza durante toda la lidia?

¿Hubiera dado el mismo juego quince días antes, sin aquella varilla de hierro que le perforaba las entrañas?

En fin. Como este caso que presentamos es probable que haya otros..., los suficientes para justificar este trabajo. Su fundamento, su razón...

ADOLFO BOLLAIN

### II

QUIZA convenga aclarar, o, mejor, suavizar las primeras palabras de mi artículo anterior, para que no se entienda de un modo demasiado categórico y absoluto el sentido de la afirmación que genéricamente sentaba.

Decía allí que el comportamiento del toro durante su lidia depende de las circunstancias externas e internas que le acompañen en el momento de salir al ruedo. Pero no quiere esto decir que un mismo toro sea bravo o manso en distintos momentos de su vida. No; un toro bravo es bravo por temperamento, por herencia y por raza, y lo es durante toda su vida. Como es manso el manso mientras vive. Lo que sucede es que el toro bravo puede salir del toril bajo el peso de accidentes extraños que no le dejen manifestar su bravura y le hagan com-

portarse como manso. Y que el toro manso puede lidiarse en ocasión en que, por algo excepcional, padezca alguna irritación nerviosa que le haga parecer bravo. Un

dolor de cabeza puede quitar las ganas de pelea a un toro bravo, y excitar y hacer belicoso a un toro manso. Pero esto es lo excepcional. Si no fuese excepcional, sería imposible ser ganadero. Y sobran las tientas y los libros genealógicos. Lo que pasa es que la lógica falla, a veces, y que no se puede asegurar el buen comportamiento de un toro fiándose en que el semental y la vaca madre fueron bravísimos cuando se los tentó. Confiar, sí; pero no fiarse. Es lógico que el toro hijo de tan buenos padres sea bravísimo también. Y lo es, indudablemente. Pero, al abrirse la puerta del chiquero, ¿saldrá en condiciones normales? De ese momento depende todo.

Y vamos hoy a presentar otro ejemplo, también absolutamente verídico:

El día 24 de agosto de 1930 se celebró en San Sebastián la corrida llamada del Toro de Oro. Era una corrida concurso de ganaderías. En ella se lidiaron seis toros de seis ganaderos. Al dueño del toro más bravo se le entregaría, como premio, una estatuita de un toro de oro, y de aquí la denominación de la corrida. No hay que decir el interés de cada criador y la escrupulosa selección que cada uno hizo, atendiendo al peso, trapío y, sobre todo, casta, para presentar el ejemplar de más confianza. No sólo por el valor material del premio, sino, principalmente, por el triunfo moral, que entonces —por lo menos, entonces— era para los ganaderos



UNGUENTO ANTISEPTICO  
PARA ACCIDENTES Y  
ENFERMEDADES DE LA PIEL •

QUEMADURAS - GRANOS  
ULCERAS - HERIDAS  
VENTA EN FARMACIAS

Concurso  
sanitario  
núm. 2976

# El marqués de Ardales

admira, sobre todo, la alegría, la gallardía y la esencia española de la fiesta de toros



**P**REGUNTAMOS hoy, en nuestra Sección, al marqués de Ardales, que es uno de los aficionados más entusiastas con que cuenta la brava fiesta española. Y nos contesta con palabras demostrativas de su pasión por los toros.

—Desde los trece años —dice— asisto a las corridas de toros. ¡Las alegrías, angustias y emociones han sido tantas!

—¿Cómo nació en usted la afición?

—Nació conmigo, para ser alimentada, claro está, por la afición que sintieron mis padres por la brava y españolísima fiesta de toros.

—¿Qué impresión le hizo la primera corrida que vio?

El marqués de Ardales evoca:

—Fué como si la hubiera elegido: fué en Sevilla. La visión de la Maestranza no se me borrará jamás; su luz, su arena, su bullicio me impresionaron poderosamente. Toreaban Chicuelo, Varelito y Maera

toros de la prestigiosa ganadería de Murube. Lo deslumbrante del espectáculo me hizo volver al día siguiente. Lidaban Miuras los diestros Maera, Marcial y Granero. El de Valencia y el sevillano me entusiasmaron tanto como el día anterior los dos diestros sevillanos. La faena de Marcial con la muleta me produjo admiración por este gran torero madrileño, a quien luego, en los años, aplaudí mucho su arte y he apreciado su amistad verdaderamente.

—¿Ha visto usted alguna cogida o algo que le haya impresionado desfavorablemente en las corridas?

—En tantas corridas como he visto en mis correrías de aficionado presencié percances de todas clases. Es preferible olvidar lo irremediable.

—¿Cuál es la mejor corrida que ha visto?

—Dudo poder afirmar cuál es la mejor corrida que vi. Quisiera poder decir que fueron muchas «la mejor»; pero como esto no es posible, le diré que recuerdo en este instante una en Madrid, a beneficio del Montepío de Toreros, en la que triunfaron de modo apoteósico Valencia III, Antonio Márquez, Marcial, Lalandia y Niño de la Palma, con toros de Coquilla. Aquella tarde inolvidable, en la que torearon Armillita, Domingo Ortega y Marcial Lalandia, con toros del conde de la Corte. Marcial aumentó mi emoción brindándome un toro del que cortó ¡¡¡hasta la pata!!!, trofeo que vi otorgar por vez primera. Y surge en mi recuerdo, también inevitablemente, una corrida extraordinaria con estas tres grandes figuras: Manolete, Arruza y Parrita. Si se me pregunta cuál ha sido la mejor corrida que vi en cada época —digámoslo así— de mi afición, me sería menos difícil contestar a la pregunta. Si me preguntara cuál sería para mí el cartel ideal, le respondería: Manolete, Arruza, Pepe Luis y ese caballero —ejemplar y maravilloso rejoneador que es Alvaro Domecq.

—¿Ha toreado usted alguna vez?

—He toreado algunas vaquillas con la muleta, que me parecieron toros de cinco años. Me gusta el acoso y las faenas camperas. Esos trasteos míos tuvieron lugar en la ganadería del conde de la Corte. A tan señorial criador y seleccionador de reses bravas dedico mis mejores elogios.

—¿Le parece bien que la mujer tореe?

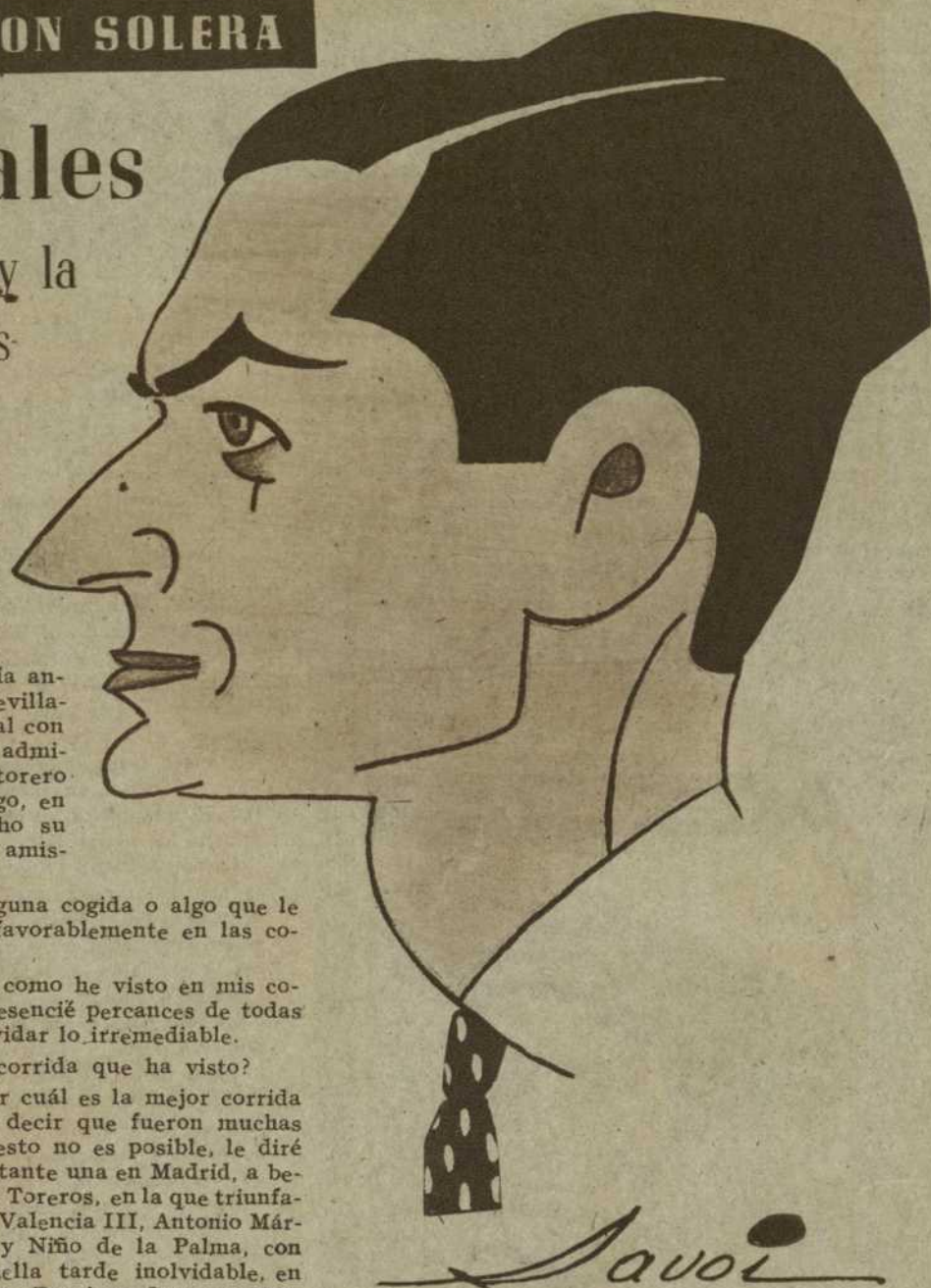
—¿A quién puede parecerle? Podría aceptarse, quizá ocasionalmente, algún caso único, extraordinario y excepcional. Pero a la mujer dejémosla, por favor, en el tendido, alegrando la fiesta con su sonrisa, su mantilla y sus claveles.

—¿Qué suerte es la que más le gusta?

—Prefiero el toro con la muleta en la mano izquierda y coincido con muchos aficionados en la admiración por el pase natural.

—¿Hay algún momento de la lidia que le haga sentir a usted más simpatía por el toro que por el torero?

—Mi simpatía por el toro se desarrolla cuando se presta dócilmente al lucimiento del artista o sigue ciegamente el mando del lidiador. Cuando Marcial, por ejemplo, imponía su voluntad escribiendo su maestría, me sentía como obligado hacia la fiera vencida. Con ella he simpatizado siempre que la majestuosa personalidad de Manolete se ha impuesto sobre su enemigo con su característico pundonor, o en las muchas ocasiones en que Pepe Luis ha probado su inmensa calidad de artista, en



la que hay mucho más que alegría y filigrana —ya que sobre ésta y aquélla debemos reconocerle, como yo le reconozco, su auténtica maestría—. Y mi simpatía por el toro es incesante frente a Carlos Arruza, a quien, como a nadie, sigue, obedece y respeta. Después de cada faena, que es cada vez que torea, en la que pone su arte, su inteligencia y su corazón, saluda con la alegría de un consagrado campeón deportivo. Simpatizo con la fiera que se entrega subyugada por el arte de Arruza y se rinde a su valor y se junta con él para imprimir esas estampas que parecen antiguas por las proezas que en ellas trágicamente dibuja con su muleta. Y ya que a las proezas de Carlos Arruza me he referido, no debo terminar sin expresar mi viva admiración por él, por esas otras proezas que tan a menudo realiza —y que parecen legendarias— con su generosidad y humanitarismo. Podría hablar de más nombres toreros; pero ya ha sido bastante larga la respuesta a su pregunta.

—¿Qué es lo que más le gusta de la fiesta de toros?

—Su alegría, su gallardía y su esencia española.

—Su respuesta es un bonito remate para nuestra entrevista. Pero no quiero que esto termine sin que nos cuente usted ese recuerdo que le impresionó tanto. Nadie me lo ha dicho, y, sin embargo, como buen aficionado, usted lo tiene.

—Recuerdo todavía, con verdadero asombro, el salto increíble de un toro que chocó estrellándose contra mi localidad y que produjo la rotura de mis gemelos. Era un toro de Alipio, y recuerdo la fecha exacta: 16 de mayo de 1940. El estrépito que produjo tan violento golpe, que deshizo unas repisas de la barrera, extendió el pánico por toda la Plaza. Claro es que el peligro sólo lo sentimos quienes sufrimos la cercana presencia de este bicho volador.

Y con el relato de este accidente taurino termina el marqués de Ardales nuestra entrevista.



# APETITO DE ACCION O ELOGIO

Las más bellas evocaciones románticas quiere el Destino que terminen casi siempre en una vehementemente aspiración material, cual es la de contar con medios para procurar lastre al estómago, por lo que, al renunciar muchos a la conquista de la gloria, se sitúan en un parapeto desde el que habrán de defender con perseverancia, heroicamente, el logro de las necesidades prácticas más elementales.

¡Cuántos ejemplos de éstos pueden verse en la totería, igual en la de a pie que en la de a caballo! Los seis picadores que ilustran estas líneas —Antonio Calderón (hijo), Manuel Bagstón, el Albañil, Canales, Julio Fernández y Sacanelles—, acaso soñan con emular a los más famosos de que ellos tenían noticia, a cuyo fin se dieron sin medida a los riesgos, y si bien es verdad que obtuvieron de sus costáneos cierta nombradía, fué ésta tan fugaz, que hoy se pierden sus nombres entre ese elemento colectivo que forma el fondo social de todas y cada una de las actividades.

Como ha dicho Ortega y Gasset, «en toda empresa hay dos ingredientes: el apetito de ejecutarla y el temor del peligro que ocasiona», y este peligro es en taurinaquia lo que mata en flor muchas veces las mejores cualidades.

Antonio Calderón y Fuentes, de Alcalá de Guadaíra, no conseguirá la celebridad de su padre, Antonio Calderón y Díaz, y menos la de su tío Curro; ni siquiera se igualará a sus tíos: Pepe (el Dientes) y Manuel, este último muerto trágicamente en Aranjuez el 30 de mayo de 1891; y no es que al segundo Antonio Calderón le faltaran aptitudes, sino que no estaba sobrado de afición.

Manuel Bagstón era sevillano e hijo de padre francés. Más cuenta le hubiera tenido continuado en su profesión de artista metalúrgico que hacerse picador de toros, porque a consecuencia de un percance sufrido en Málaga acabó por volverse loco y murió en un hospital de orates.

Enrique Sánchez (el Albañil) vió la luz en Véjer de la Frontera (Cádiz), y llegó a figurar en la cuadrilla de Mazzantini. Era muy dispuesto para todo, pues igual que Charpa, el viejo, demostró que sabía banderillar y matar casi tan bien como manejaba la puya.

Paisano suyo, del Puerto de Santa María, fué José María Medina (Canales), buen picador cuando estaba de vena, pues lo cierto es que, si ganaba a ley los aplausos en ocasiones, eran más las veces que escuchaba ruidosas protestas.

En Sevilla nació Julio Fernández, hombre de ceño adusto y con unos tutos que le llegaban a los ojos, del cual se refiere la siguiente anécdota: al disponerse una vez a entrar en suerte, le gritó un espectador: «¡Acorta esa puya!» Y Fernández, lejos de hacerse así, aumentó hacia adelante la longitud del palo. «¡Acorta esa puya, mortal!» volvió a gritar, verdaderamente indignado, el del tendido; y entonces, Julio se encaró con él para preguntarle con mucha calma: «Pero, ¿por dónde he de acortar el palo, por delante o por atrás? ¡Especifique!»

Y ahí está Manuel Sacanelles, mirando de reojo. ¿A quién? ¿Cualquiera lo sabe! Había sido ebanista, y era dueño de un taller cuando le dió la venturosa por hacerse picador.

—¿Por qué cambias de oficio, Manuel?—le preguntaron.

—Porque la puya es más noble que la garlopa, según dicen los poetas—cuentan que replicó.

¿Qué campanas había oído Sacanelles? ¿Dónde las oyó?

Esta doble pregunta nos lleva a torcer el giro de nuestro trabajo, para cumplir una promesa que hicimos al lector.

Dijimos en uno de nuestros artículos anteriores que la suerte de picar —no obstante lo fea y anti-artística que casi siempre se nos ofrece— tiene un prestigio incomparable, como podríamos demostrar a través de varias citas poéticas, y a exhumar unas cuantas de éstas vamos a proceder seguidamente.

Entre todos los instrumentos que actualmente hacen sangre a los toros en la lidia a la española, es la garrocha la de más rancio abolengo, pues se viene usando desde varios siglos antes de que los picadores aparecieran en los ruedos para dar al espectáculo el carácter que hoy ofrece.

No es un arma antiespañola, ni hay en ella proyecciones roussonianas, ni enciclopédicas, como alguien pretendió hacernos ver tiempo atrás, en su deseo de que la misma fuera sustituida por el rejón.

Cuando un día del año 1749, al dirigirse Juan Jacob Rousseau a Vincennes y leer el *Mercurio de Francia*, concibe las ideas de que tan larga cola habrían de arrastrar; la garrocha contaba varias centurias de existencia, según vamos a demostrar echando mano a nuestros clásicos, a los cuales citaremos «picando de retroceso», como en algunas carambolas.

De una Relación de las Reales Fiestas de Toros celebradas en Murcia en los días 11 y 12 de septiembre de 1628, escribió en tal tiempo el poeta murciano Diego Beltrán Hidalgo:

*Ya para andamios se la humilla el pino;  
sus garrochas, cortés, el oímo envía;  
sus puntas de metal, el viscaíno;  
su gallardo animal, la Andalucía.*

Gonzalo de Correas, en su *Arte Grande de la Lengua Castellana*, compuesto en 1626, se arranca con esta seguidilla:



Enrique Sánchez, el albañil



José María Medina y Banegas, Canales

Julio Fernández, picador de toros, de Sevilla. Picó en tanda, por primera vez en Madrid, en 1871, y por espacio de unos veinte años trabajó a las órdenes de muchos matadores



# TEMOR AL PELIGRO LA GARROCHA

*Por una morenita  
corren un toro;  
las garrochas de plata,  
los clavos de oro.*

Del *Laberinto Amoroso* (Barcelona, 1618) es el romance que dice:

*Ya que a la plaza del mundo  
saliste, mancebo loco,  
con la garrocha en las manos  
y con la capa en el hombro...*

En el *Romancero General* —cuya colección fué recogida y editada por primera vez en el año 1600— se lee este fragmento de romance, de autor desconocido:

*El rey, dice el mensajero,  
mala espina tendrá y calla;  
que es destreza al fuerte toro  
saber medille la vara.*

Y del mismo *Romancero* es aquello otro que dice:

*Ya, pues, lidiados los toros  
y hechas ya suertes gallardas  
de garrochas y bajillas,  
de rejones y de lanzas.*

Luis Belmonte Bermúdez, sevillano él (1587-1650), nos dice en su poema *La Hispánica*:



*Como le tiran del palenque al toro,  
ciego de varas y coraje ciego...*

Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639) escribe en la escena segunda del acto primero de *La verdad sospechosa* los versos siguientes, que pone en boca de don Beltrán, al enterarse éste de que su hijo, don García, es un grandísimo embustero:

*Como el toro a quien tiró  
la vara una diestra mano  
arremete al más cercano  
sin mirar a quién le hirió.*

Don Francisco de Quevedo (1580-1645), al dar cuenta de una fiesta de toros celebrada en Madrid en 1623, en obsequio del príncipe de Gales (luego, Carlos I de Inglaterra), escribió esta redondilla:

*Un hombre salió notable,  
que desde el principio al fin  
fué tutor de su rocín  
con garrochón perdurable.*

Que el autor de *Los Sueños* quiso referirse al «rejón», porque también recibía el nombre de «garrochón» tal utensilio? Probablemente; pero aguarda, Lisardo, que en el mundo hay más:

Del *Cancionero General*, reunido por Hernando del Castillo e impreso por vez primera en Valencia en 1511, son estos versos:

*¡Malhaya el tronco y el olmo  
de do salieron las varas  
que el vulgo ha tirado al toro!*

Al *Cancionero de Baena*, cuya compilación fué hecha en 1445, pertenece aquello que dice:

*Como toro en barreras  
es corrido el garrochado...*

Y, finalmente, del canciller don Pero López de Ayala (1332-1407), y de su *Rimado de Palacio*, es el pareado siguiente:

*Anda el rey en esto en derredor callado;  
parece que es un toro que anda garrochado.*

Cualquiera que fuese este rey, Pedro I de Castilla, Enrique II, Juan I o Enrique III —pues a los cuatro sirvió el caballero y poeta alavés—, la verdad es que no salió bien parado el monarca con la comparación.

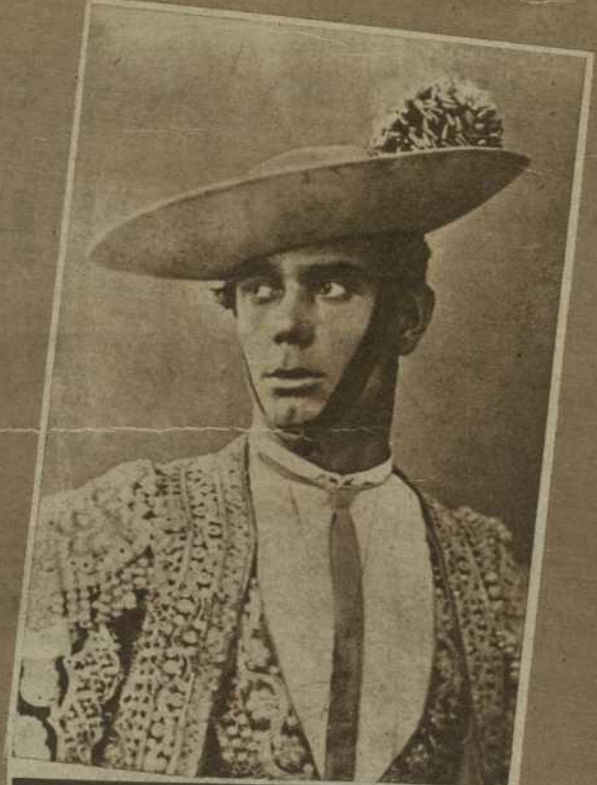
Pero esto nada tiene que ver con nuestro propósito, el cual no ha sido otro que el de ofrecer unos botones de muestra —botonadura que podría ser más nutrida— para demostrar que en la invención de la garrocha o vara de detener no está complicado el autor del *Contrato Social*. Y para preguntarnos si Manuel Sacanelles sabía todo esto cuando mencionó a los poetas al decir que la puya es más noble que la garlopa.

Además, aunque dicha vara fuera un producto enciclopédico, quedó dignificada por el uso patriótico que de ella hicieron en la batalla de Bailén los garrochistas de Andalucía.

Y de esto sí que estaría enterado Sacanelles, como lo estuvieron, sin duda, Calderón (hijo), Bagstón, el Albañil, Canales y Julio Fernández, pues aquel episodio, en el triunfo de las armas españolas sobre las francesas, no sólo ha sido arrastrado por la Historia, sino por la tradición oral en las capas sociales más humildes.

Eloguemos, pues, a la garrocha, porque lo merece. Elogio que alcanza hasta su diminutivo, pues el nombre de *garrochita* recibe comúnmente una lonjilla de tocino, cosa alimenticia, si las hay, y del agrado de los que gustan de grasas y no padecen del hígado.

DON VENTURA



Manuel Sacanelles, picador, que alternó en tanda en Madrid, por vez primera, en 1865, y figuró en distintas cuadrillas



Antonio Calderón, hijo. Picador muy notable, de Alcalá de Guadaíra (Sevilla), hijo del muy famoso del mismo nombre y sobrino de Curro. José y Manuel, todos picadores de mucha nombradía. Figuró en varias cuadrillas

Manuel Bagstón, picador sevillano, que actuó en tanda en Madrid, en 1880. Pertenebió a las cuadrillas de Bocanegra, Gordito y Caraancha. Falleció, loco, en Sevilla, a consecuencia de una caída, en 1889



# EL SERENO, decano del actual cuerpo de puntilleros

Lleva cuarenta años dando "puñetazos" y a pesar de su apodo, le molestan las corridas nocturnas



corrales el cornúpeto, no herido de muerte y levantado, torpemente, por el encargado de darle el puñetazo fatal! Aun recordamos con dolor el trágico fin del cordobés Fermín Muñoz, Corchaito, víctima en Cartagena de la ferocidad de un toro al que le entró a matar por segunda vez, después de hallarse acostado, momento que no fué aprovechado por el puntillero para acabar con el cornudo.

Los que ya hemos rebasado los sesenta otoños, recordamos estos nombres de puntilleros que se hicieron célebres en el desempeño de sus funciones: Joaquín del Río, Alones; Francisco Torrijos, Pepin; Leandro Guerra; José García, Jaro; Eustaquio Yordi; Mariano Comas; Antonio de Dios, Zurdo; Juan Antonio Mejía; Antonio Ruiz, Sargento; Francisco Roig, Pastoret; Francisco Torrijos, Pepin chico; Manuel Vargas, Tornero; José González, Machaco; Baldomero Fuentes; José Trigo, Triguito; Emi-

lio Mellado, Manteca, y Antonio Iglesias, Chico del Matadero.

Todos ellos figuraron en las cuadrillas de Lagartijo, Frasuelo, Currito, Mazzantini, Guerrita, Torerito, Qunito, Fernando Gómez, Gallo; Emilio Torres, Bombita; Conejito, Vicente Pastor, Minuto, Machaquito, Antonio Fuentes, Ricardo, Bombita, Manuel Mejías, Bienvenida, y Rodolfo Gaona, forjándose la mayoría en los Mataderos de Madrid y Sevilla, en los que actuaban al propio tiempo como matarifes.

Puntilleros de los citados, como otros cuyos nombres se me han quedado en el tintero, se

Ultima fotografia de El Sereno, decano de los puntilleros madrileños y seguramente del resto de la Península. (Foto Yubero).

UNA de las cosas en que los espadas de otros tiempos ponían mayor cuidado era la de llevar en sus cuadrillas un buen puntillero.

Siendo, en época ya lejana, el eje del toreo la suerte de matar y mayor el volumen, empuje y sentido de las fieras astadas, es natural que se preocuparan de factor tan importante, pues de la actuación del puntillero dependía en muchas ocasiones el mayor o menor éxito del «mataor».

¡Cuántos de éstos escucharon los tres desagradables avisos, llegando a ingresar en los

Baja la estocada, el toro se acostó ante el «mataor» y el puntillero atronó a la res, en forma de bailestilla, dándole un golpe con la puntilla en el nacimiento de la medula espinal





desdoblaban en las corridas, banderilleando, pero la mayoría se limitaban a dar la puntilla y... a dar rienda suelta a las trapacerías —cuando el «matador» no podía con el toro— para que éste «doblaste» antes de ser ingresado por el cabestrero en los corrales, «fechorías» que provocaban ruidosas protestas y no pocas multas presidenciales que, como es natural, hacían efectivas sus jefes.

Ya desde la época de Joselito y Belmonte, que aun dieron al puntillero la importancia debida, empieza a decaer la costumbre en los espadas de llevar, fijos, en sus cuadrillas un subalterno para dar exclusivamente la puntilla.

¿Economías en los gastos de viajes y hoteles?  
 ¿Menos respeto al del toro, por su achicamiento y por llegar al último tercio, desde el primero, más castigado?

Lo cierto es que en bastantes ocasiones se produjeron serios conflictos por no existir quien rematara a las reses, pues sabido es que, según el Reglamento taurino, desde que el toro se encuentra acostado cesa sobre él la jurisdicción del espada, convirtiéndose éste en un auxiliar del cachetero.

Fueron aquellos conflictos causa de que algunas Empresas, entre ellas, la de Madrid, se hicieran cargo de la contratación del puntillero, hasta el momento en que al crearse el Sindicato del Espectáculo, se ocupó éste de constituir, debidamente controlado, un Cuerpo de Puntilleros, cosa ignorada, seguramente, por los aficionados.

Sólo cuatro diestros de la expresada especialidad componen el organismo cacheteril: Lorenzo Fernández, El Sereno; Víctor Portal, Manuel Pérez y Mateo Pérez, matarifes los cuatro y de probadas aptitudes ante los concurrentes al monumental coso de las Ventas del Espíritu Santo.

Decano de ellos el primero, hemos sostenido con él una breve charla.

El Sereno, es madrileño, bautizado en la parroquia de San Andrés, cuenta cincuenta y nueve años de edad; hállese, como matarife, jubilado por el Ayuntamiento y desempeña las funciones de portero en una modesta casa del barrio de la bajera calle del Tribulete.

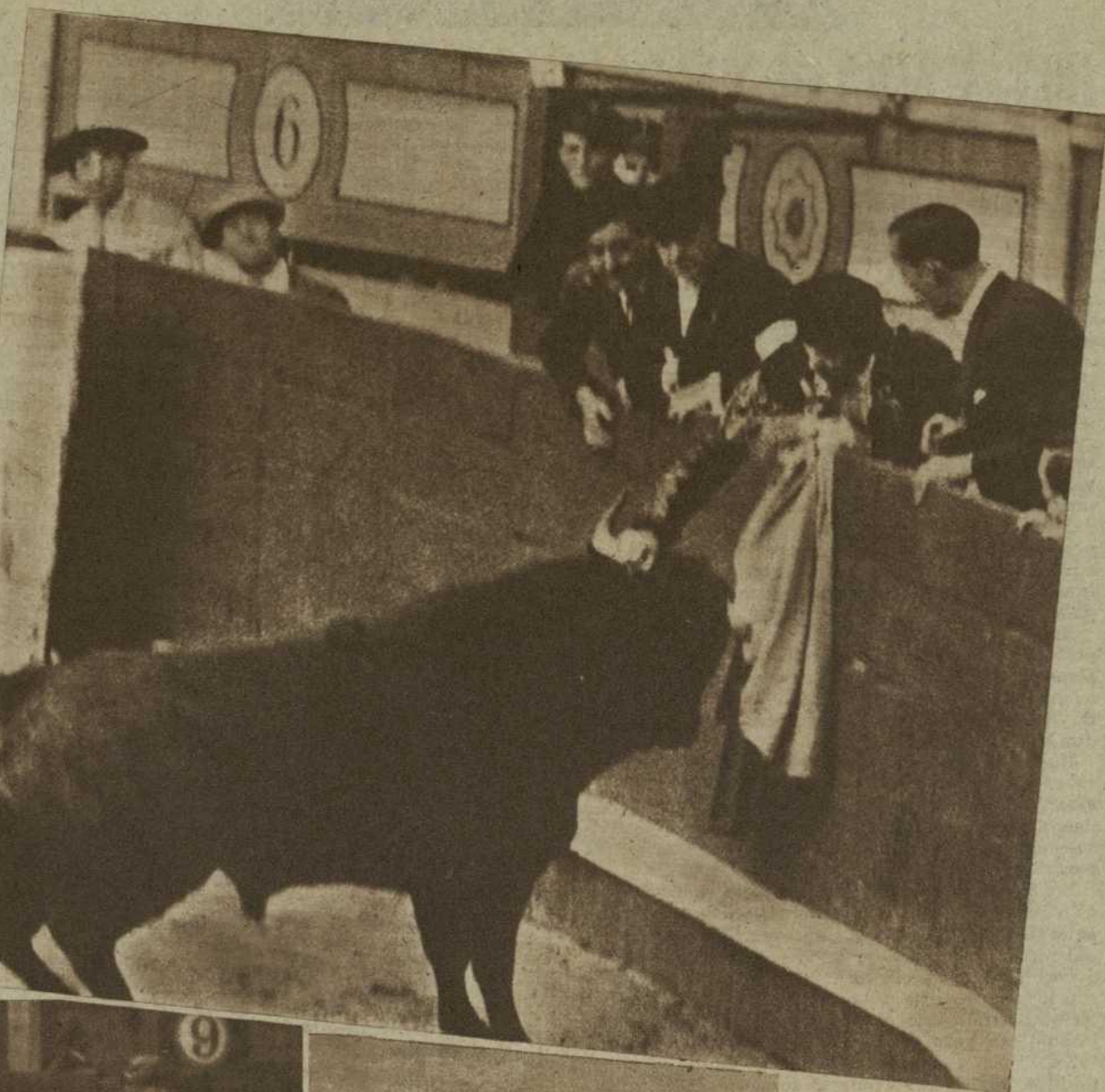
Dependemos

—nos dice El Sereno— del Sindicato del Espectáculo, Sección Toros. Establecido por él un turno, en cada corrida de las que se celebran actuamos uno de nosotros, percibiendo la respetable cantidad de cincuenta pesetas por novillada y setenta y cinco en las corridas de toros.

—Pueden los matadores —continúa— llevar por su cuenta un puntillero, pero ello no es motivo para que nosotros dejemos de actuar. Sucede con alguna frecuencia de que el contratado verbalmente por el matador pertenezca al Sindicato, pues éste, a instancia del compañero Portal, acordó la designación libre, pero siempre con la asistencia del cachetero de turno.

—¿Se habrá dado el caso —le preguntamos— de encontrarse en una corrida un crecido número de toreros puntilla en ristre?

—¿Para cuando han faltado todos —nos con-



Curioso incidente cachetero en la Plaza madrileña. Inutilizado un toro, por sufrir la rotura de las patas, Juanito Iglesias pretende apuntillarlo de capón. A su izquierda, Víctor Portal está preparado para hacerlo de puñetazo, y a su derecha, también de paisano, El Sereno se mete la diestra en la americana para sacar el «cacharro» y ver si puede acabar con la vida de la res

Antonio Pérez, padre del actual puntillero Mateo Pérez, fué un excelente matarife, muy popular en esta capital. En la corrida celebrada en la Plaza vieja, el 20 de marzo de 1927, terminó con la vida de seis reses de Villalón de otros tantos certeros puntillazos. El público, al terminarse el espectáculo, le ovacionó largamente, pidiendo se le concediera la oreja del último astado, hecho único en la historia taurina

y por esas Plazas de Dios. Pertenece a las cuadrillas de Antonio Márquez, Vicente Barrera, Luis Freg y Alberto Balderas. Empecé en el Puente de Vallecas, el año 1906, me presente en Madrid, el 11, y aún hay cuerda para rato.

—¿De cuántas maneras se da la puntilla?

—De tres. De cachete, que es como si se diera un puñetazo; de capón, colocando sobre el mango y la hoja los dedos gordo, índice y anular, y de ballestilla, empujando, oblicuamente, sobre el cerviguillo de las reses la puntilla.

—Muchos creen aún que de ballestilla es tirando la puntilla, bien por delante o por detrás de los fieros brutos.

—No, señor. Es como antes le dije, y están completamente «equivocados» los que digan lo contrario.

—¿Percauces?

—Afortunadamente, ninguno grave.

—¿Orejas cortadas?

—Un montón de ellas, pero para los matadores. ¡Y sin dividir las en dos, cuando sólo concedieron una, porque los presidentes están atentos al detalle y nos castigan con multas!

—Para terminar, Sereno. ¿En qué corridas trabaja usted más a disgusto?

—En las nocturnas. Se trata de un público verberero. ¡Y me gastan una clase de chufas a costa de mi apodo!

testa—, y el caso se ha dado recientemente! Anunciados Gabriel Pericás, Diamantino Vizéu y José Somoza, para despachar en nuestro monumental coso seis novillos salmantinos, el 5 de septiembre último, correspondió actuar por turno a un compañero. Indispuesto éste momentos antes de empezar la novillada, llegó el momento de apuntillar a una res y en el palenque no había quien pudiera hacerlo. Y como yo no falté a un festejo, llevando siempre el «cacharro» en el bolsillo interior de la americana —sigue hablando El Sereno, parsimonioso y modesto—, abandoné la localidad que ocupaba, me arrojé como espontáneo al ruedo y acogoté a la res, siendo por ello felicitado.

—¿Cuántos años lleva usted dando puñetazos sobre las testas cornudas?

—Pues la tontería de cuarenta en el Matadero

# DON MARIANO DE CAVIA Y LAC, "SOBAQUILLO"

Se dió a conocer como periodista en «El Diario de Avisos», de Zaragoza

Y en «El Imparcial» publicó sus magníficas crónicas taurinas

Si hoy día viviera el maestro Cavia —como familiarmente se le llamaba entre los profesionales— y yo llegase hasta él para pedirle su opinión sobre el toro y preguntarle, amén de otras muchas y sustanciosas cosas, cómo juzgaría a toreros y ganaderos, si en estos momentos ejerciese la crítica taurina, seguro estoy de que me recibiría con su proverbial amabilidad, me haría víctima de sus exageradas atenciones y me deleitaría con su conversación durante el tiempo que permaneciese a su lado. Pero, ¡ay!, tan pronto conociese el motivo de mi visita, es muy posible que una respuesta negativa echaría abajo mi deseo de trasladar al público el certero juicio del gran periodista.

Digo que posiblemente se habría negado a complacerme —y creo que cuantos le trataron participan de esta opinión mía—, porque, modesto hasta rayar en la exageración, fué siempre enemigo de que su figura y su nombre apareciesen en diarios y revistas.

Nació don Mariano de Cavia y Lac en Zaragoza, en el mes de septiembre de 1855, en cuya Universidad cursó la carrera de Derecho, comenzando desde muy joven a colaborar en «El Diario de Avisos», que se imprimía en dicha ciudad, y en el que permaneció hasta su marcha a la Corte.

Ya en Madrid entró a formar parte de la Redacción de «El Liberal», destacándose bien pronto entre sus compañeros por sus escritos, que el público leía con verdadero interés.

Pasó después a «El Imparcial» —donde transcurrió la mayor parte de su vida—, y dejó de escribir para este diario al aparecer «El Sol», en el que trabajó con gran asiduidad desde el primer número.

Así, pues, y aun cuando fueron muchos los periódicos en los que apareció la firma de don Mariano, puede decirse que la mayor parte de su ingente labor se encuentra reunida en los tres citados diarios madrileños. En ellos, día a día, número a número, vertió el maestro el fruto de su gran talento, de su memoria, verdaderamente extraordinaria, y de su vastísima cultura, y en tal medida llegó a escribir de cuanto fué de su agrado, que al preguntarle un periodista, pocos años antes de su muerte, el número de crónicas que llevaba escritas, le respondió:

«¡Horror! No me hable usted de eso. Son tantas, que hasta durmiendo las hago...»

Mas, como pretender referir en un breve artículo la vida periodística del escritor aragonés es tan imposible como escribirla en una sola jornada, busco en las ya amarillentas páginas de «El Imparcial» a «Sobaquillo», que durante varias temporadas hizo, para los lectores de este periódico, la crítica taurina en la entonces primerísima Plaza de Toros del mundo, permitiéndome recomendar a cuantos aficionados —pero aficionados verdad, no espectadores— quisieran deleitarse con la lectura de primorosas crónicas, busquen las que firmó «Sobaquillo», con las que, por su donaire, por lo certero de sus juicios y por la exactitud con que aparecía reflejado cuanto de interés había ocurrido en el ruedo, sumó para el citado diario una gran masa de lectores. Y como para muestra dicen que basta un botón, las líneas que siguen corresponden a parte de la que hizo de la corrida celebrada en la Plaza madrileña el 18 de octubre de 1896. Comenzaba así:

«CRONICA TAURINA

Por Sobaquillo.

De pitón a pitón.—¡Al fin se «botó» el Bartolo!

Como quien dice: «Al fin se casó la Nieves», o «Vámonos a la Venta del Grajo», que para el caso bien puede ser la Plaza de Toros de Madrid.

El «Bartolo» no es un crucero precisamente, ni siquiera un bergantín. Los náuticos que presumen conocerle afirman que no pasa de ser un buen falucho. Eso es; pero ¡cuidado que les cuesta trabajo lanzarse al agua!

Para daros un cartel de recibo en la presente temporada de otoño ha necesitado la Empresa más flotadores, más pipas, más cuñas, más cajas encoladas, más aparatos de hierro, más andas, más estaches, más calabotes, etc., etc., que los que ha necesitado La Carraca del crucero, digo, el crucero de La Carraca, para perdonarle la cartera al general Beranger.

Verdad es que a Mazzantini le pasaba otro tanto, y a Reverte, tres cuartos de lo mismo, y a «Sobaquillo», ídem de lienzo; porque ya lo ven ustedes: también este otro falucho de la crónica en puntas se ha «botado» espontánea y repentinamente,

y oliendo a breca,  
a la orilla del Duque  
se «bartolea».

Todos nos hemos puesto a flote en cuanto don Antonio ha vuelto a templar sus armas en las vivificantes aguas del padre Tajo (¡cuidado, que éste no es fraile!), desde Mazzantini hasta Beranger; desde Reverte hasta «Sobaquillo» y desde el general Bartolo hasta el general Blanco.

También este ilustre caudillo se ha botado de improviso al agua y nos ha resultado general de Marina.

No tienen ustedes más que leer los telegramas oficiales de ayer: «La laguna Tal es recorrida por barcas...»

«Estudio colocación pequeñas lanchas de vapor que vigilen y comuniquen puestos establecidos... La laguna Bay está surcada por botes con ametralladoras...»

Así estaba ayer la Plaza de Toros: de bote en bote.

Pero sin ametralladoras, porque el Duque no buscó el lustre de sus timbres en la artillería.

Fiel al glorioso abolengo, cuyas proezas empezaron en la Rábida, se contenta con ir botando, buena o malamente, todas las carabelas que se construyen en sus arsenales.

Y si se dice:

—La de usted es una ganadería al agua,

Contesta:

—Tengo título de almirante, y conmigo no rezan las sequías.

Conque, sin más humedad en la cháchara (que en estos momentos son crueles los remojones «de oído»), pasemos a la 16 botadura de abono, dispuesta por la Empresa en competencia con la libre, feliz e independiente botadura del «Princesa de Asturias»...

Y al que no quiera cuernos... ¡la Plaza llená!

## Mariano de Cavia (Sobaquillo)

Ha nacido en Aragón este escritor sin rival, que escribe con mucha sal y no menos intención. Sabe toda la afición que escribe superlamente, que mezcla constantemente los toros con la política, y en sus revistas la crítica juega un papel excelente.

M. SERRANO GARCIA-VAO (DULZURAS)

Primero de los veragüenos preparados para quitar a Mazzantini, Reverte y Bomba el mal sabor de boca que hayan podido dejarles los últimos y lastimosos sucesos que todos lamentamos. «¡Vaya un enjuague —me dirán— que nos brinda usted!»

Peores los sirven los mambises y los tagalos insurrectos, y cobran mucho menos las cuadrillas.

Indiano, cárdeno oscuro, bragado y buen mozo, lucía buen par de machetes; pero no mostró voluntad ni poder para manejarlos. Una cosa es ir a Valladolid, y otra hablar con el ordinario de Cayo Hueso.

Un buen par del Regaterillo; otro, bajo, de Golea, pasándose cinco veces por delante de La Trocha, y otro de Luis, con sus salidas en falso, porque el animalito no quería nada con castilas.

Don Luis, que vestía de grana y oro, trasteó en tablas al manso, con un movimiento que ni el que se advierte «en el seno» de la situación.

Tomás, ayudando a su hermano, mejor que el propio don Práxedes ayuda a don Antonio.

Un pinchazo delantero y una baja, en el lado contrario, entrando de lejos, hicieron doblar al bicho, para que el puntillero lo rematase al segundo golpe.

Pitos pesimistas y palmas de oficio.»

Y como resumen de aquella corrida de otoño, escribió:

«De los bichos, a todo tirar, el segundo. De los matadores, el Bombita. De los banderilleros, Moyano y el Pulguita de Triana. De los peones, el propio Pulguita y Tomás Mazzantini. De las botaduras... ¡la del Bartolo!»

Ahí le tienen ustedes, después de haberse deslizado sin salirse del centro de la cama —como dicen los partes de Cádiz—, con el casco flotando gentilmente y la proa puesta al mismísimo dios Neptuno.

Lo que él dice:

—¿Retenidas a mí, que siempre que quiero tengo pleamar?»

Victima de un ataque de disnea, don Mariano de Cavia y Lac falleció en Madrid, en la madrugada del 13 de julio de 1920, rodeándole en sus últimos instantes su fiel criado Manso, tres Hermanas de la Caridad, el doctor González y dos practicantes.

El diario «A B C», para honrar la memoria del maestro, instituyó un premio anual, que lleva su nombre, y que se concede al mejor trabajo publicado con firma. Madrid dió su nombre a una plaza, y a principios del siglo, el Ayuntamiento de Zaragoza ordenó colocar una placa en la casa en que nació. Enemigo de honores y distinciones, se negó a presentar su candidatura para ingresar en la Real Academia de la Lengua, y como cosa excepcional, aceptó la Gran Cruz de la Orden de Alfonso XII, cuyas insignias fueron costeadas por los periodistas españoles con la cuota única de una peseta.

JUAN LAGARMA



# Cuando el maestro ALONSO dió la vuelta al ruedo

## Los naturales de MANOLETE y las medias verónicas de BELMONTE

aquella variedad y aquella animación que él sabía dar a la fiesta, pienso (y sigo hablando en términos generales) que faltan hoy en nuestros ruedos taurinos...

—¿Qué tipo de toreo y qué estilo de toro te gustan más?

—Te he citado el nombre de Gallito. Me encantan en la fiesta el arte, la gracia, la elegancia; la cosa florida, pinturera y alegre. Y en cuanto al toro, el que tenga casta y nervio, el que se preste a la faena y al lucimiento, sin importarme demasiado el que sea grande o chico.

—¿Cuál es tu suerte preferida?

—El pase natural. ¡Esos naturales, amigo mío, de Manolete, por ejemplo! Sin olvidar, claro, aquellas medias verónicas de Juan Belmonte...

—¿Has sido y eres amigo de toreros?

—Conoció y conozco a muchos, a casi todos. Fui gran amigo de mi paisano Lagartijillo Chico. Y de Marcial Lalanda. Y de Gallito; con éste, en los tiempos de Apolo, intimé mucho. Soy también excelente amigo de Nicanor Villalta. Le dediqué, precisamente, un pasodoble taurino: «El maño torero». El me había brindado un toro, y yo, al acabar la faena, le envié una tarjeta que decía: «Vale por un pasodoble que me cabele a la prima». Así nació «El maño torero», un número que las bandas han tocado mucho y que ahora acaba de ser editado en los Estados Unidos. También soy buen amigo de la mayor parte de los toreros de hoy.

—El tema taurino ha ido varias veces a tu música...

—Sí. Después de la guerra estrené, sobre libro de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, la obra «Pitos y palmas», de aquel ambiente. En varias revistas he incluido pasodobles taurinos.

—¿Te gusta este tipo de números? ¿Cómo debe ser, a tu juicio, esta clase de música?

—Me gustan estos pasodobles. Por lo que tienen de nuestros, de inconfundiblemente nuestros. Creo que el pasodoble taurino debe ser pausado, majestuoso, alegre, pero, al mismo tiempo, con un cierto dejo sentimental, con un fondo de tristeza, escondida entre la alegría de la música. ¿Recuerdas «Suspiros de España»? He aquí para mí, el pasodoble modelo. Alegre, garboso, vivo, pero, a la vez, con un acento de nostalgia, con una gota de melancolía.

—Entre tus recuerdos de aficionado, ¿guardas el de alguna corrida que, por cualquier circunstancia, se te quedase

grabada más profundamente que otras en la memoria?

—Sí. Recordaré siempre aquella corrida, en Madrid, en que Manolo Granero halló la muerte. Vi la terrible cogida. Me impresionó mucho. Porque, además, Granero era violinista.

—¿Has toreado alguna vez, en un festival, en un tentadero?

—No. He asistido a muchas fiestas de ese género; pero la verdad es que nunca me he visto delante de un toro. En cambio, sí he dado, en hombros de la gente, la vuelta al ruedo. Fué en Alicante, con motivo de las fiestas de San Juan. Yo había hecho un pasodoble, «La fiesta del pueblo», que se tocaba por todas las bandas de la región. Para aquellos días de «fogueres» se organizó un Concurso de bandas, que había de celebrarse en la Plaza de toros. Estuvimos ensayando en un teatro de allí; los músicos llenaban totalmente la sala, como llenaron, después, el ruedo taurino. Pienso que eran treinta y seis bandas: alrededor de mil quinientos músicos. Dirigi a todos éstos el pasodoble, que hubo de repetirse una y otra vez. Y al final, músicos, público, guardias, me cogieron en hombros y me dieron dos vueltas por el redondel. Fué una paliza. Cuando llegué al hotel me dolía todo. E imaginaba lo que, análogamente, debía ser para los toreros el verse, en las tardes de triunfo, estrujados, paseados por la multitud...

—¿Qué Plazas españolas te han gustado más?

—La sevillana de la Maestranza, por su solera, y la nueva de Granada, que es muy bonita. Sin olvidar, claro, la de Madrid.

—¿Encontraste alguna vez cierto parecido entre la profesión de torero y la de autor?

—He pensado en ello muchas veces, y creo que hay, efectivamente, cierta analogía. El torero sale a la Plaza lleno del mejor deseo, pero ha de contar después con el toro. Si éste falla, no hay faena. El músico, también, pone toda su ilusión en su trabajo. Se sitúa ante la orquesta con la misma alegría y el mismo entusiasmo que el torero al hacer el paseillo. Pero ha de contar también con el toro, que en este caso es el libro. Un libro que se tuerce es como un toro que no embiste. ¡Adiós a la faena y al éxito! Con un buen bicho, el diestro se crece. Con un buen libro, la música parece mejor y el público está encantado.

Así ha hablado, sobre toros y toreros, este músico, que es el autor de los más bellos pasodobles de nuestros días.

JOSE MONTERO ALONSO



«Eran inolvidables —evoca el maestro Alonso— aquellas medias verónicas de Belmonte...»

El músico guarda un emocionado recuerdo de aquella alegría luminosa que tenía el arte de torear de Gallito



El maestro Alonso, gran aficionado a la fiesta taurina y autor de los más bellos y alegres pasodobles actuales

EN la música, en la palabra, en el aire del maestro Francisco Alonso hay mucho de la alegría andaluza que la fiesta taurina lleva consigo. Realmente, sería un contrasentido saber que al popularísimo músico no le gustan los toros. Pero no es así. El público aficionado conoce bien la silueta y la sonrisa de Paco Alonso en muchas tardes de toros, cuando hierven los tendidos en aplausos y comentarios y toda la Plaza vibra con un ritmo como de pasodoble.

—Soy, efectivamente —cuenta el maestro—, un gran aficionado. Desde que era chaval, allá, en Granada. Es ésta una tierra muy de toreros. Cuando yo era niño, la sombra de Frascuelo era casi un mito para nosotros, los chiquillos de entonces. Por aquellos días no se jugaba al fútbol, como ahora, en las calles y las plazas. Jugar al toro era, en cambio, nuestra gran diversión. El capotillo, la montera, la tabla con cuernos... Nos toreamos unos a otros, y era día grande aquel en que nuestros padres nos llevaban a la Plaza.

—Afición de siempre, entonces... —Sí. Y no soy de esos que, ante el cambio inevitable que para todo supone una época nueva, se quedan añorando los viejos tiempos: «¡Aquéllos sí que eran toreros! ¡Aquéllos sí que eran toros!» Se suspira muchas veces nostálgicamente. Pero yo, no. Pienso que el cambio es lógico, y en este sentido encuentro cosas interesantes en el toreo de hoy, como las encontraba en el de ayer.

—En ese cambio, en esa evolución del toreo, ¿qué encuentras a favor del toreo de hoy y qué en su contra? O, en otras palabras, y con relación al toreo anterior, ¿qué ha ganado y qué ha perdido el actual toreo?

—Hoy se torea más cerca y más templado que nunca. Quizá, en cambio, falte al toreo actual, ¿cómo lo diría yo?, una cierta alegría; sorpresa, imprevisto, animación. Hoy (hablo en términos generales, claro), el toreo parece más estudiado y ensayado, más académico, pero yo quisiera en él un poco más de emoción. Se ha ganado en perfección, en técnica, más se ha perdido, acaso, en espíritu y nervio. Aquella alegría, por ejemplo, con que Gallito salía a torear.



# ...SOÑABA CON CORTIJOS

**M**ODORRA...  
sueño..., sopor...  
Se quita un gañán la gorra,  
llena de polvo y sudor,  
y habla con el toro aquel:  
«¡Eh!, Clavel,  
que estás tú muy retozón.»  
Sin que el toro le responda,  
carga con piedra la honda,  
pero el toro, que conoce  
las voces  
y la intención,  
se va, orgulloso y altivo,  
lo mismo que un faraón  
pensativo.

Praderío...  
lejana y bronca se siente  
la yegua de la corriente  
sobre el río.  
Un eral  
alza la frente sedienta  
y otro ataca en desafío  
al semental  
que no embiste.  
Hay no sé qué enorme y triste  
bajo el cielo de tormenta.

La noche tira un derrote.  
Se hace oscura  
la llanura...  
«¿Por qué a los rayos lunares  
son toreritos en brote,  
serrana, los olivares?»

Aquel  
espada es de alternativa;  
el otro es un novillero  
puntero...  
¡Embiste, Clavel,  
capotes de sombra esquiva!  
Al enorme redondel  
del cielo y del praderío,  
un pasodoble torero  
llega trotando del río.

Se va despertando el coro  
de un imposible tendido,  
y cruza como un sombrero  
la luna la noche bruna...  
Suena bruido y sonoro  
un clarín de agua dormido,  
y un aire banderillero  
le brinda un par a la luna.

Tiembla toda la torada  
con clamor de sueño frío;  
de capas de plata y oro  
finge la luna un derroche,  
y ¡así!, con cerviz alzada,  
y cuernos en desafío,  
sin querer, va entrando el toro  
en el ruedo de la noche.

Sobre el alto del tapial,  
dos manos y una gorrilla...  
Pálida la luna brilla  
como un cirio funeral.  
Un salto y un cuerpo en tierra.  
Con ojos de calentura,  
boca de hambre y sed de guerra...  
¡Va avanzando una figura!  
Es enclenque, desmedrada,  
desvaída...  
Parece cada pisada  
igual que una despedida.

«¡Niño, espera!»,  
parece decirle el río...  
«¿Qué son tus alas de cera  
para tanto poderío?»...

«¡Niño, aguarda!»,  
le gritan todos los vientos,  
las hojas y las estrellas...  
Y sobre la tierra parda,  
las pisadas son lamentos,

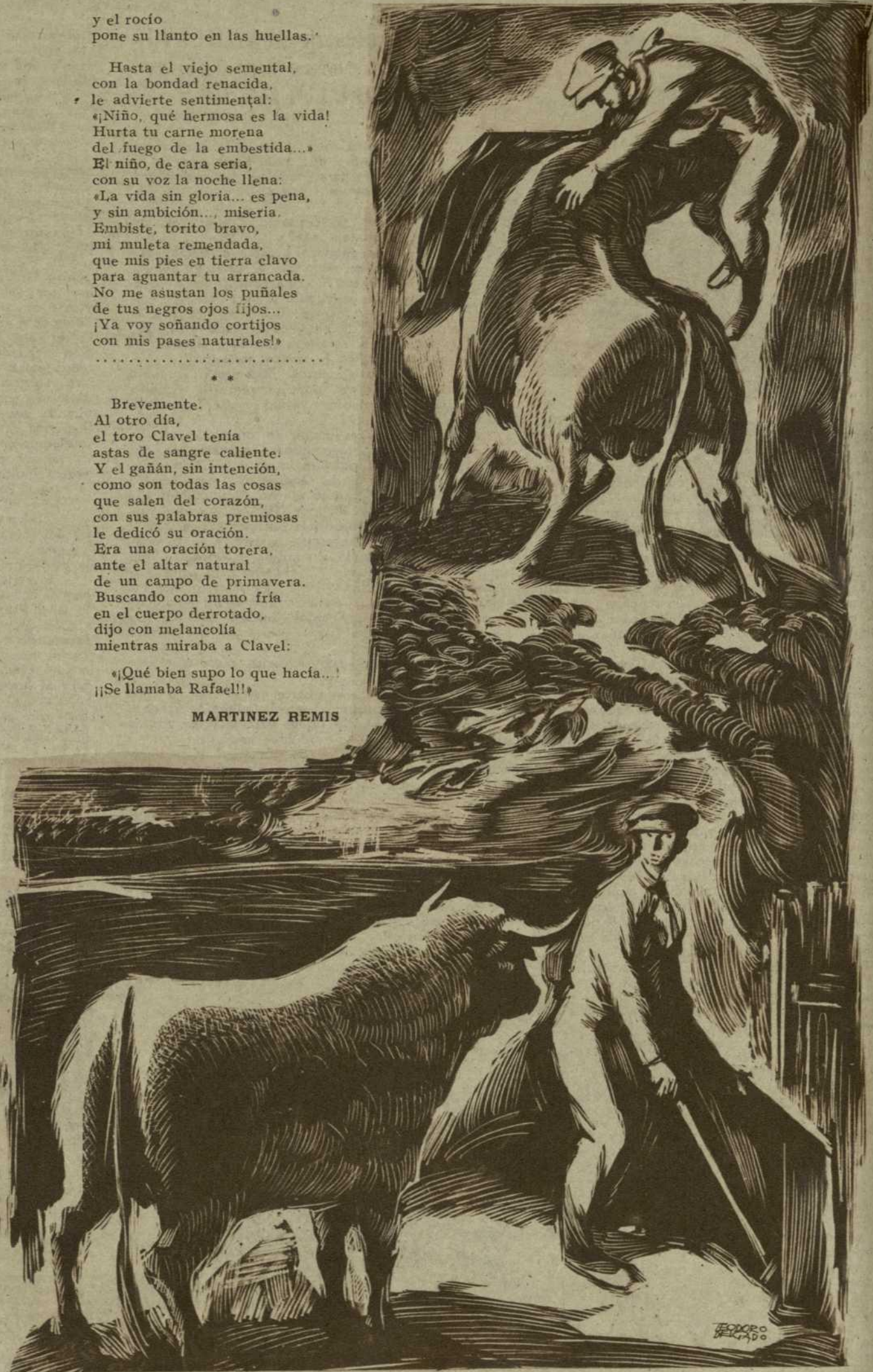
y el rocío  
pone su llanto en las huellas.

Hasta el viejo semental,  
con la bondad renacida,  
le advierte sentimental:  
«¡Niño, qué hermosa es la vida!  
Hurta tu carne morena  
del fuego de la embestida...»  
El niño, de cara seria,  
con su voz la noche llena:  
«La vida sin gloria... es pena,  
y sin ambición... miseria.  
Embiste, torito bravo,  
mi muleta remendada,  
que mis pies en tierra clavo  
para aguantar tu arrancada.  
No me asustan los puñales  
de tus negros ojos fijos...  
¡Ya voy soñando cortijos  
con mis pases naturales!»

Brevemente.  
Al otro día,  
el toro Clavel tenía  
astas de sangre caliente.  
Y el gañán, sin intención,  
como son todas las cosas  
que salen del corazón,  
con sus palabras premiosas  
le dedicó su oración.  
Era una oración torera,  
ante el altar natural  
de un campo de primavera.  
Buscando con mano fría  
en el cuerpo derrotado,  
dijo con melancolía  
mientras miraba a Clavel:

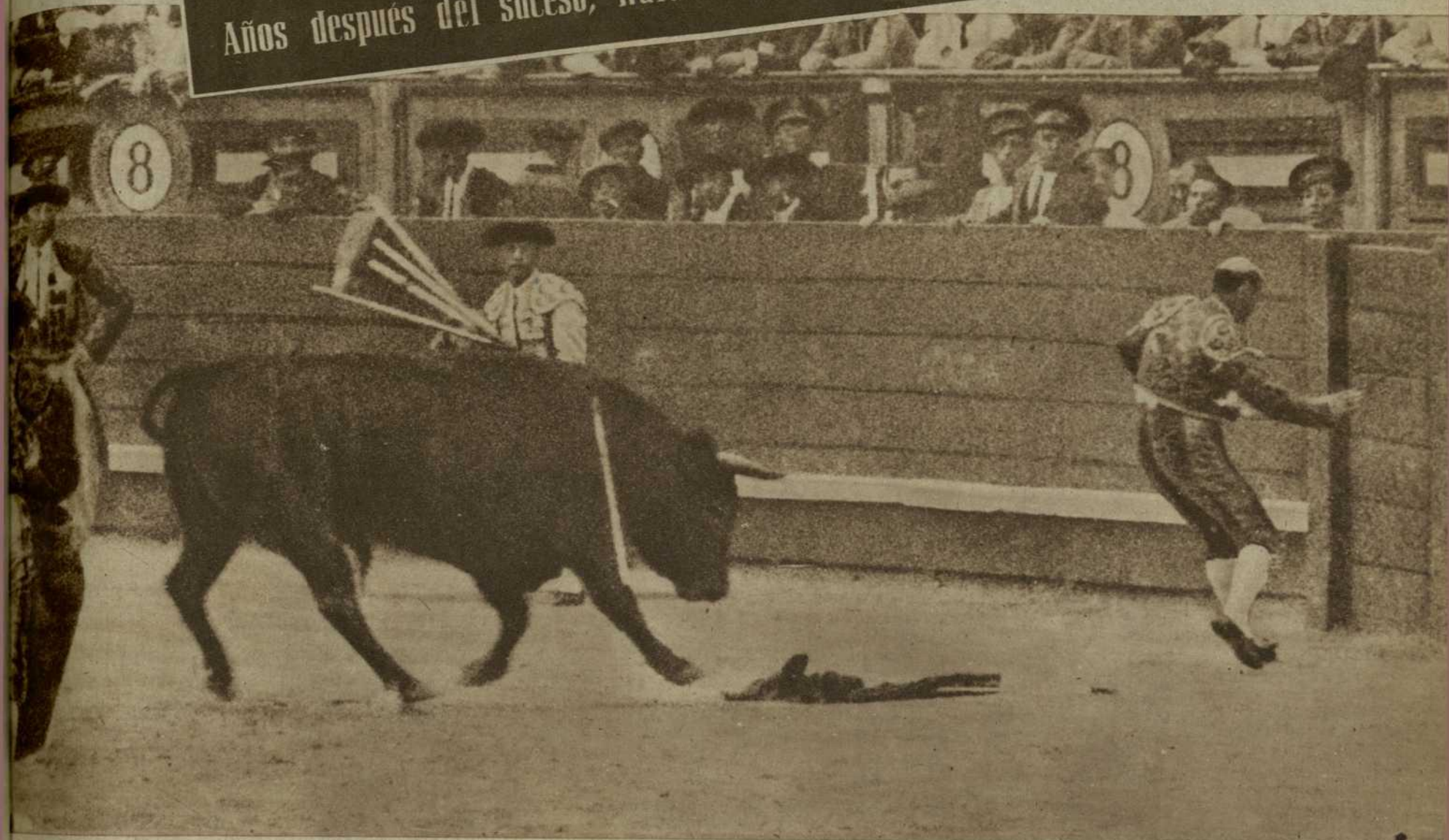
«¡Qué bien supo lo que hacía...!  
¡¡Se llamaba Rafael!!»

MARTINEZ REMIS



# Un toro de Miura trajo de cabeza a Rafael, el Gallo

## Años después del suceso, Rafael lo comentaba donosamente



**T**ODA la vida taurina de Rafael, el Gallo, es digna de ser recordada y comentada. Para los que fuimos testigos de muchos de sus capítulos es un placer especial el que nos produce su recuerdo. Para los que vienen detrás de nosotros tiene que ser de inusitada complacencia trabar conocimiento con el anecdótico de uno de los toreros más originales. Genial en el ruedo, de los momentos apoteósicos pasaba rápidamente, en transición brusca, a los del fracaso más ruidoso. Y lejos del ruedo era igual. Pródigo de lo que ganaba, derrochó a veces como un príncipe indio, y otras tuvo que concretarse a vivir en la estrechez de un monje de la Trapa.

Como fundamento de su vida, Rafael ha cultivado una filosofía, mezcla de estoicismo y fatalismo, que le ha hecho saborear lo mismo sus momentos prósperos que los de derrota con escasisimo desgaste de nervios, con una encantadora y casi envidiable serenidad. Tenemos la certeza de que con esa filosofía El Gallo acabará por arrebatarse a Matusalén la copa de la longevidad. Y nosotros lo celebraremos si vivimos para entonces.

Entre sus personalísimas cualidades, Rafael ha tenido la elegancia espiritual de no disimular sus derrotas toreras, y, por el contrario, comentarlas en público con singular despreocupación y gracejo.

Así ocurrió con un caso que conocemos perfectamente. Le vimos aperreado con un toro de Miura, y luego leímos, siete años más tarde, en una entrevista que le hizo López Pinillos (Parmeno), el comentario más desenfadado y gracioso que el propio interesado pudo hacer de aquel mal paso.

El encuentro de Rafael con el miura fué en la segunda corrida de las ferias del Pilar de 1910. Una función que se celebró con lleno, y en la que tomó la alternativa el diestro aragonés Joaquín Calero, Calerito. Vicente Pastor actuó de padrino en la ceremonia, y de testigo, el famoso Rafael.

Con el segundo toro, que se llamaba Golondrino, fué la «saborisión» que presenciarnos y que hubimos de reseñar como revistero.

Golondrino era cárdeno y ancho de cuerna. En

la pelea con los picadores tuvo genio y poder. Tomó cinco varas, por cinco caídas, y dejó un caballo para el arrastre.

Parearon Blanquito y Posturas

El Gallo comenzó la faena con cierta confianza. Sus primeros pases de muleta gustaron; pero el miureño empezó a dar tarascadas y a buscar el cuerpo sandunguero del diestro con ánimo de calarlo, y el diestro dijo para sus adentros: «A mí no me la das tú.»

A partir de esta frase, la faena tomó aspecto de zarabanda descompuesta. Toda la cuadrilla participó en la ayuda del espada, que, en pleno desbarajuste, se ganó un palotazo en el muslo.

Rafael, entrando a matar en curva exagerada, dió dos pinchazos y, por fin, tuvo la suerte de recordar a Golondrino.

El Gallo oyó una fuerte y prolongada serenata de pitos.

En el quinto miureño, Rafael, ya serénado del mal rato pasado en la muerte del segundo, toreó bien de capa, clavó un par delantero al cuarteo y la faena la hizo inteligente y confiado.

Estos fueron los hechos, y años más tarde, al hablar con Parmeno, Rafael hizo referencia a los toros de su «contraestilo», de los que dijo que con media docena que le hubieran tocado en su vida tenía bastante para renegar de su profesión y envidiar a los canónigos.

Después añadió, en la forma que le vamos a copiar:

«De un contraestilo arzoluto, he tripezao con do: uno de Miura y otro de Tová, prosedente de Arribas. Er de Miura, un cárdeno de 400 kilos, con dos garrochas en er teztú, me lo zortaron el año 10 en las fiestaz der Pilá. Zalió, ze dió un paseito por el reondé pa convensernos de que podía con tos nozotros juntos; vorteó a Galea, que lo quizo poné en zuerte, y ze quedó de amo. Los quitez, huyendo; las banderiyas, huyendo; los capotazos, ar galope..., y, tararí, a matá. Y me ze ocurrió darle un ayudao a

ze zi lo ponía zuave, y, maz pronto que la jú, me empaló y me tiró ar zanto zuelo, con cuya arvertensia me puze a jugá al ezcondé, porque yo no zoy tonto. Y a los tre minutos, Blanquito que mete er capote y zube por el aire como zi lo hubiezen disparao con una honda... ¿Qué hubiera zido de mí zi no dezuerdo ar toro, como lo dezcordé, ar primé pinchazo?»

Así, en esta forma despreocupada y clara, y echando sal al asunto, Rafael relató y comentó un momento bien poco lucido de su carrera.

Cualquiera en su lugar hubiera procurado no mentarlo, y de traerlo a colación, hubiera revestido el relato con el ropaje del disimulo.

Pero El Gallo es, único, y él hace las cosas como no las hacen los demás.

ANTONIO MARTIN RUIZ

## Los matadores españoles han contestado a los mejicanos

En el Sindicato del Espectáculo se recibió días pasados la respuesta que los toreros mejicanos enviaron a la propuesta hecha por los españoles. Parece que los mejicanos no están de acuerdo con lo que los españoles exponen como base para llegar a una solución definitiva, y han hecho, por su parte, ciertas proposiciones.

Juan Belmonte, como presidente de la Junta de matadores españoles, ha cableografiado a la Unión mejicana. Pide Belmonte un plazo para estudiar lo propuesto por los mejicanos, plazo que ha de ser corto. Los toreros españoles, animados de los mejores deseos de conciliación, esperan llegar a una fórmula que redunde en beneficio de todos y en bien de la Fiesta.

Por lo que se refiere a los novilleros, se acepta la sugerencia de que la contratación sea libre.

# MANOLETE, no ha pensado en dedicarse al periodismo

## ALGUNOS TOREROS QUE INTENTARON SER PERIODISTAS

**A** Manolete le han preguntado en Méjico: —Y usted, el día que deje de ser torero, ¿piensa tener alguna otra profesión? ¿No le gustaría ser periodista?

Parece ser que el espada cordobés, al escuchar tal pregunta, hizo un gesto un poco asombrado, y repuso:

—Yo no he pensado en eso.

Uno tiene siempre sus recelos acerca de la sinceridad de lo que dicen las gentes populares cuando hablan para los periódicos. ¡Son tantas y tantas las confesiones convencionales que ha sido preciso armar entre el humo de los cigarrillos de las Redacciones...! Pero esta vez hay que creer rotundamente en la verdad de esa declaración. ¿Por qué cuando Manuel Rodríguez deje de ser Manolete ha de dedicarse a escribir para los periódicos? Nunca se le conoció esa afición, ni mucho menos se puede aventurar que haya de dedicarse a otra profesión por necesidad económica. Manolete será el torero que cuando se retire de los ruedos haya sumado en ellos la mayor fortuna que jamás alcanzó un matador de toros. Sólo, pues, por una incontenible vocación podía emprender el torero unas tareas periodísticas que, aun especializadas en el tema taurino, no se sabe que jamás le hayan llamado la atención.

### El caso de Sánchez Mejías

El caso de Sánchez Mejías fué otro. Ignacio Sánchez Mejías actuó como crítico de toros en un periódico de Sevilla, *La Unión*, cuando estaba en activo. Es decir, cuando, a veces, tenía que juzgar su propia actuación en el ruedo. Esto le deparó algunos disgustos con los demás toreros. Los otros espadas entendían que su compañero los trataba con un exceso de severidad, y que él, en cambio, se juzgaba con demasiada benevolencia. Esto era natural. Pero Sánchez Mejías tenía que andar cada día de reseña dando prolijas explicaciones a los toreros a quienes había mencionado. Esto llegó a fatigarle. Tuyo que dejar la crítica. Y sólo cuando por segunda vez se retiró de los toros, pensó en dedicarse activamente al periodismo.

Mas ya dije, cuando en otra ocasión hablé, en estas mismas páginas, de este torero, que Sánchez Mejías buscaba más la cara a lo literario que a lo periodístico, y que el escribir novelas o el escribir comedias le concretaba mejor su afición.

Pero es indudable que Sánchez Mejías, por su vida intensa, por sus lecturas asiduas y por su instinto para interesar a las gentes, hubiera sido un periodista estimabilísimo, aun en una época de muchos periodistas relevantes y con personalidad bien definida. Sus vehemencias, sus apasionamientos, no hubieran desentonado del carácter de los periódicos de entonces y de aquella algarabía discutidora que tanto cultivaba la Prensa en aquellos años.



Manolete



Sánchez Mejías

## MINUTO, fundó una publicación que fracasó en su primer número

### El periódico que fundó Minuto

Pero en este recuento, superficial y limitado, de los toreros que han cultivado el periodismo, ningún caso más original que el de Enrique Vargas, Minuto, un matador de toros que si no tiene en su historia grandes triunfos que lo inmortalicen como un lidiador extraordinario, sí posee una biografía muy pintoresca y anecdótica.

Minuto, después que se retiró de los toros, estableció en Madrid un bar, en la calle de Santa Ana, del que esperaba pingües beneficios. Ya anteriormente había intentado otros dos negocios similares, y no constituyeron éxitos positivos. Pero, a pesar de esto, de su bar de la calle de Santa Ana, aguardaba ganancias cuantiosas.

Entre tanto, ya en la ruta de los negocios, pensó en tener un periódico propio, un periódico en el cual pudiera él «decir lo que quisiera». Y para llevar adelante su proyecto, se puso al habla con el escritor taurino que firmaba con el nombre de *Uno al sesgo*. Este creía que se trataba de hacer un periódico taurino; pero *Uno al sesgo* le hizo saber que ¡A esos! —tal era el título de la publicación— sería un periódico no sólo taurino, sino también literario y político.

Del resultado de aquel ensayo contó *Uno al sesgo*, muchos años después, este gracioso episodio, que resume el fracaso de Minuto como fundador y escritor de periódicos:

«Cuando me trajeron a casa el ejemplar de máquina del primer número, corrí a la imprenta para impedir que saliera. Pero ya se habían dado a la venta unas cuantas manos, y algunos, aunque pocos, debieron de enterarse de aquel aborto, que no era ni político, ni torero, ni literario, ni nada. Enrique había escrito dos o tres cosas, poniendo todo su entusiasmo; pero no había más que entusiasmo, y no creo que el lector se hubiera contagiado de él. ¡En fin, un desastre!»

\*\*\*

Los precedentes mencionados, y otros más que seguramente existirán, no son lo bastante eficaces para aventurar que Manolete piense en ser periodista el día que ya no sea torero.

Manolete, ganadero, empresario o agricultor cuando deje de ser torero, es posible. Pero Manolete periodista, no hay que suponerlo. Sería una gran sorpresa para todos, por mucho que nos estemos habituando a estas metamorfosis, ahora frecuentes, de que un actor de teatro resulte que es un matemático extraordinario, o un perito mercantil aparezca como un compositor genial.

Como que ya era una sorpresa propicia a la controversia y a la disputa el hecho de que un matador de toros trocara el estoque por la pluma!

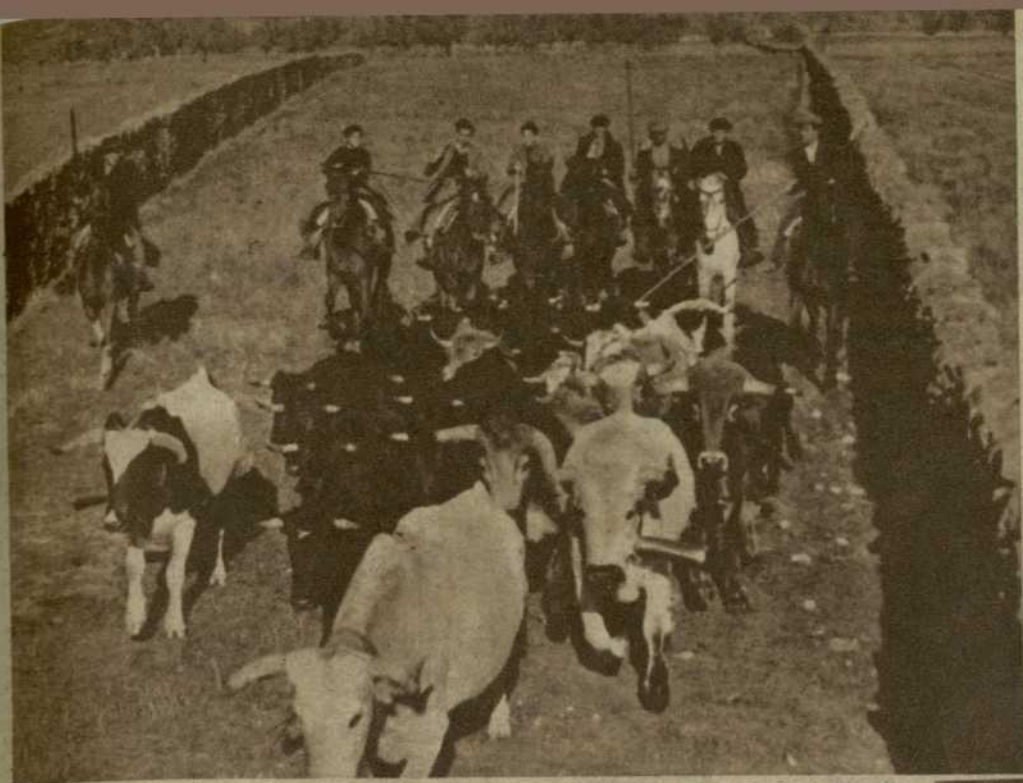
### Un torero, en la Escuela de Periodistas

En 1935 estaba yo al frente de la información de un diario madrileño, y vinieron a él, para hacer prácticas, algunos alumnos de la Escuela de Periodistas. Entre esos alumnos, casi todos ellos muchachos en edad universitaria, encontré a Saturio Torón. Saturio Torón, ya casado y con hijos. Lo había visto torear muchas veces. Como peón, en principio. Después, como espada. Había asistido a su alternativa, en la Plaza de Pamplona. Conocía su línea valerosa de torero, pero torpe en el esquivar la acometida del toro. Y de aquí sus percances, las heridas en su carne y, al fin, su alejamiento silencioso y oscuro de la profesión.

Retirado de los ruedos, pensó en otra actividad. Y se sintió atraído por el periodismo. Cuando se presentó a los ejercicios de ingreso en la Escuela de Periodistas —me lo contó él mismo—, se le pidió que redactara una revista de toros. Aquello era lo suyo. Y la hizo con facilidad. Pero el otro ejercicio consistía en una apreciación acerca de cualquier obra de Lope de Vega, y esto le resultó más arduo. Sin embargo, salió gallardamente de su empeño. Y me aseguraba que él hacía con gusto todos los estudios que la Escuela tenía en sus planes, pero que, en definitiva, no pensaba dedicarse más que a la crítica de toros.

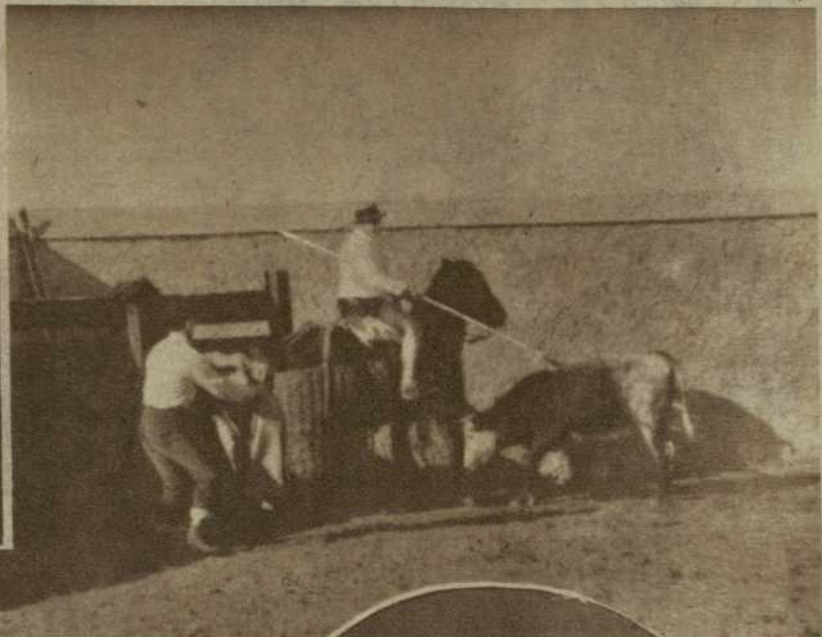
Saturio Torón no pudo alcanzar esos deseos, porque la vida se le quedó en el trance del Madrid rojo por las ásperas líneas de la Sierra.

Otros matadores de toros habrán sentido también, quizá, la curiosidad de asomarse a una profesión que nunca, desde el taburete de su popularidad, les fué demasiado ajena. Y hoy mismo, Mario Cabré, ese espada que de vez en cuando irrumpe en los escenarios o en los Estudios cinematográficos, no me sorprendería nada que encauzase sus aficiones literarias por entre los corondeles de los periódicos.



En Villavieja de Yeltes (Salamanca) se ha verificado la tiente de beceras del ganadero don Dionisio Rodríguez. El encierro de las reses

El picador Chicharro, en activo con sus setenta años de edad, tentando las beceras de don Dionisio Rodríguez

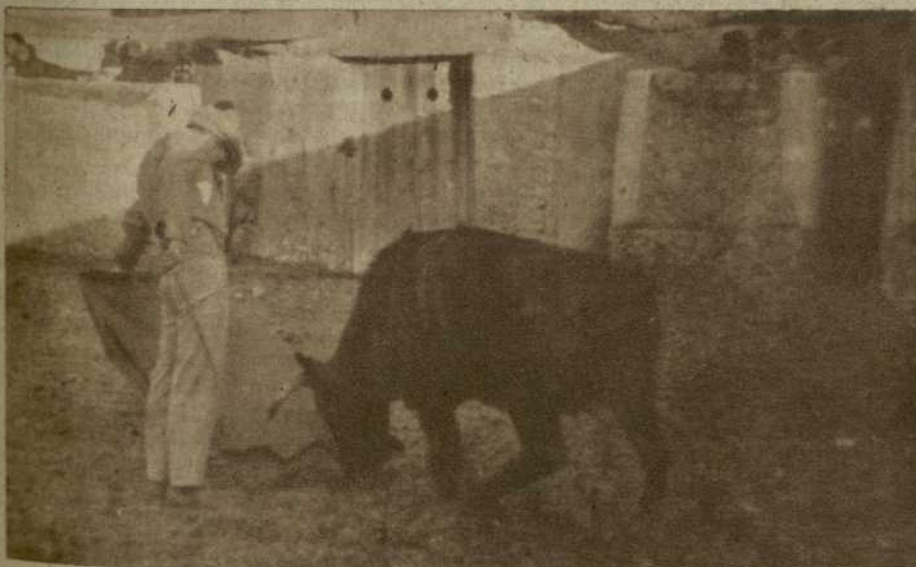


El presidente del Club Cocherito de Bilbao, don Esteban Macazaga, lanceando en la Plaza de Amador Santos a una de las beceras

EL  
T O R O  
EN EL  
C A M P O



El aficionado Pepe Luis Bilbao Olaeta en un muletazo, a la manera de Ortega



El joven madrileño Luis Romero torea por naturales en la Plaza de Hernandinos, en Villavieja de Yeltes



Un muletazo del novillero bilbaíno Pedro Robredo



Un descanso en la Plaza de Hernandinos. — De izquierda a derecha: Gago, Pedro Robredo, Bilbao Olaeta, el fotógrafo Cecilio, Macazaga (Fotos Cecilio)



Cayetano Ordóñez (Niño de la Palma)

**Mala corrida de toros en Méjico. Triunfo de Cagancho en Querétaro. Orejas al Niño de la Palma (padre) y a Julián Marín, en Caracas. - Manolete ha declarado que toreará en España**



Alvaro Domecq

Joaquín Rodríguez (Cagancho)



YA tenemos a Pepe Luis Vázquez, uno de los toreros españoles más aficionados a la vida de campo, hecho ganadero. El sevillano ha adquirido la totalidad de la ganadería del marqués de Albaida y la propiedad de la divisa que han lucido hasta ahora las reses de dicha ganadería. Entre el ganado hay tres corridas de toros que pueden ser lidiadas en la próxima temporada.

—El pasado sábado falleció en Córdoba, a los setenta y cinco años, el que fué famoso picador de toros Antonio de Ríos, Comearroz. Pertenció a la cuadrilla de Guerrita, y al retirarse del toreo se dedicó a la contrata de caballos para las Plazas.

—Falleció en Méjico el picador español Veneno.

—El pasado sábado dió un recital de sus poesías nuestro colaborador Manuel Martínez Ramis en los locales del Club Taurino Madrileño. Hizo la presentación del poeta el crítico taurino de Radio Nacional y colaborador de EL RUEDO, Juan León. Martínez Ramis alcanzó un rotundo éxito. El guitarrista Bernabé el de Morón puso fondo musical a los bellos versos de Martínez Ramis. El acto fué presidido por los señores Cossío y Videgain. Martínez Ramis fué aplaudido con entusiasmo.

—El pasado domingo se celebró una corrida de toros en Méjico que resultó deslucida a causa principalmente del fuerte viento y del intenso frío. Alvaro Domecq se lució toreando a caballo y al clavar varios rejonés y pares de banderillas. Con la muleta hizo faena dominadora, pero con el estoque estuvo desafortunado. Armillita salió del paso al torear de capa a su primero. Puso dos pares de banderillas que le valieron dos ovaciones y cumplió en el último tercio. Volvió a

lucirse con las banderillas en su segundo, al que, tras faena valiente, mató al tercer viaje. A Lorenzo Garza le correspondió el peor lote. En su primero tiró a alinear de manera descarada y oyó pitos. Estuvo peor en su segundo y fué abroncado. Manolo Escudero estuvo breve en su primero y muy desgraciado en el último, que fué devuelto a los corrales.

—La corrida anunciada en Matamoros, en la que había de actuar Manolete, fué suspendida a causa del intenso frío reinante.

—En Querétaro, con toros de Atlanga, actuaron Cagancho, Luis Procuna y El Vizeaño. Cagancho, que reaparecía en Méjico, estuvo muy bien en sus dos toros. A su primero lo toreó muy bien con el capote, y con la muleta hizo vistosísima faena, en la que dió pases de toda clase. Oyó música. Mató bien y dió la vuelta al ruedo. A su segundo lo veroniquéó magníficamente. El tercio de quites fué muy lucido. Hizo faena colosal, en la que destacaron varios derechazos prodigiosos, y mató de una estocada superior. Cortó la oreja y dió la vuelta al ruedo. Procuna, que toreó muy bien con capote y muleta, oyó

ovaciones en sus dos toros. El Vizeaño cumplió con capote y muleta y estuvo desacertado con el estoque.

—En Caracas hizo su presentación el navarro Julián Marín y se despidió el veterano Niño de la Palma. Cayetano Ordóñez estuvo muy bien en sus toros. En el último de la tarde su actuación fué extraordinaria y cortó las dos orejas. El mejicano Javier Chávez fracasó rotundamente. Julián Marín le ceó muy bien a su primero. Durante la faena de muleta, que fué coreada por el público con entusiasmo, al dar una mauletina, recibió un palotazo en el antebrazo derecho. Siguió toreando colosalmente, y como mató bien le fueron concedidas las dos orejas. Pasó a la enfermería y los médicos no le permitieron volver al ruedo.

—De Méjico llega la noticia de que el picador Luis Vallejo Barajas (Fimpi) seguirá formando parte de la cuadrilla de Manolete.

—Manuel Rodríguez ha hecho declaraciones en Méjico. Según dice el cordobés, piensa actuar durante la próxima temporada en gran número de corridas en España, y su actuación comenzará a principios de junio, porque antes ha de cumplir compromisos en América. Camará piensa estar de regreso en marzo.

—Andrés Gago, apoderado de Arruza, está en Méjico. Piensa entregar a la madre del infortunado Eduardo Liceaga la cantidad de 110.000 pesetas, importe líquido del festival celebrado en la Maestranza, cantidad que se halla depositada en la entidad sevillana La Vejez del Torero. Afirmó que no se había llegado a un acuerdo en lo relativo a la actuación de Arruza en Méjico. Próximamente saldrá para Venezuela para organizar varias corridas y entregará al doctor José Izquierdo un título honorífico que le envía el Montepío de Toreros Españoles en reconocimiento del cariño que el doctor Izquierdo demostró siempre a los toreros españoles, a los que atendió siempre desinteresadamente.

—En Castellón se ha ultimado el cartel de la corrida del día 9 de marzo. Se lidiarán toros de Villamarta por las cuadrillas de Parrita, Pepín Martín Vázquez y Vito. La temporada, como vemos, está ya en marcha. Los comentarios de los aficionados en las tertulias se han encontrado con un tema vivo y palpitante.

**BLENOCOL**  
Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL





# CUATRO REFritos DE TOROS, por Tilu



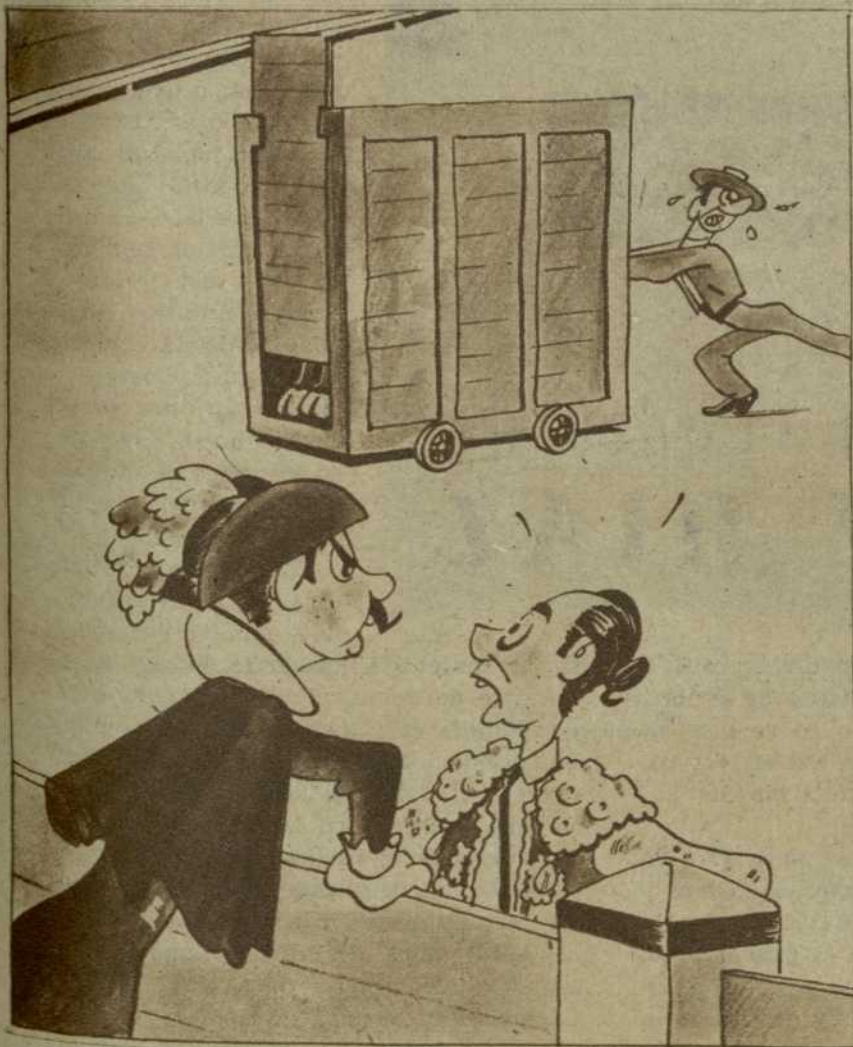
## BANDERILLERO!

—¿Por qué me chillan? ¡Me ha «mandao» mi «mataor» que las ponga en «tó» lo alto...!



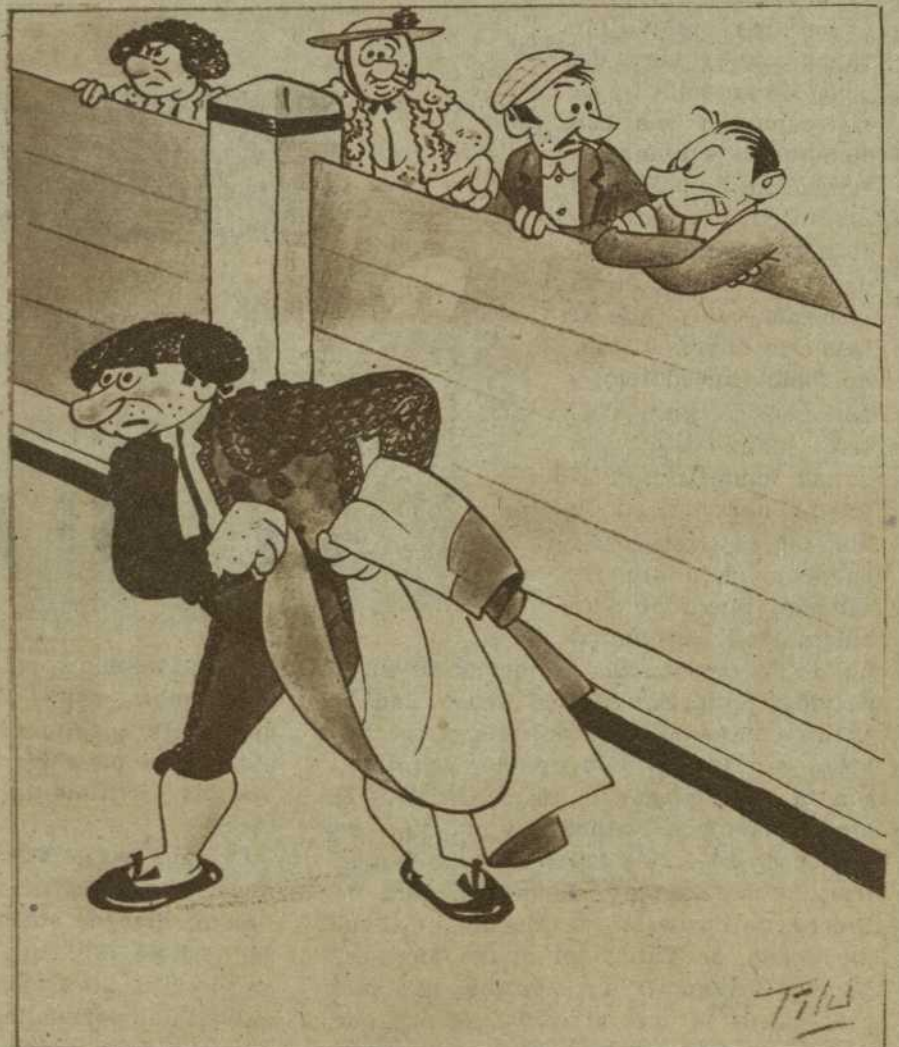
## NOSTALGIA

El banderillero retirado da de comer espárragos a su hijo...



## GRAVE CONFLICTO

—¡Se ha inutilizado la tapa! ¡Lo «tié» usted que lidiar así!



## IGNORANTE

—¿Y éste quién es, que no hace más que dar vueltas toda la tarde?  
—¡«Pos» un peón!

**H**AY en toda obra de arte un proceso gestativo de inspiración antes de llegar a su realización efectiva. Todo lienzo, toda producción salida del intelecto, creada y concebida *à priori*, necesita un clima, una incubación, antes de llevarse a la realidad. El pintor, en este caso concreto, ante la inspiración, casi siempre espontánea, que le da el tema, va concibiendo, dando forma y puliendo su obra imaginativamente, y sólo cuando la tiene realizada *in menti* se lanza por el camino directo de la ejecución. Cuando el cuadro se empieza a pintar, ya está terminado en el cerebro y en el ensueño de su realizador. Días, meses y hasta años vive la obra cuidadosa, amorosamente guardada, y cada hora que pasa sufre el retoque del artista, que la va mejorando, transformando, hasta dejarla en ese estado de madurez que exige la más inmediata plasmación. Sólo entonces, depurada, es posible el logro, afortunado de la idea, del color, de la técnica y de las gamas y matices, hábilmente combinadas. Porque no es posible el ver un cuadro solamente al través de las bondades o defectos de su ejecución. Hay que ir más a lo hondo, al fondo social, anecdótico, y hasta psicológico, del tema. ¿No existe acaso un fondo profundamente filosófico en la obra de *El Greco*? ¿No fué Goya un pintor que ahondó, buscando las raíces del sentir humano, en las conciencias de un pueblo enardecido y eufórico, que se debatía en la fiera lucha de la independencia moral, política y religiosa? ¿No reflejó Velázquez, con la sabia elegancia de su técnica, el oropel magnífico —atuendo y poderío— de una época de la vida española? ¿No es mística, románticamente devota, la obra de Ribera, de Zurbarán, de Murillo, de Claudio Coello, de Cano, del divino Morales? No, no. Hay que ir un poco más al fondo y nervio de la obra artística. No hay que dejarse sugestionar tan sólo por la maestría en la pincelada, por el juego atem-



Vázquez Díaz en 1912, junto al cuadro «Torero muerto» que pintaba a la sazón, rodeado de los modelos que sirvieron para llevar a feliz término un asunto que el artista concibió tal vez dos años antes de su ejecución

## EL ARTE Y LOS TOROS

# Biografía de un cuadro de VAZQUEZ DIAZ

perado, de colores, por la bondad compositiva, sino también por el alma artística de la obra, que existe cuando el cuadro se ve con los ojos de la curiosidad y con las suaves influencias sentimentales y afectivas del corazón.

Cuando Daniel Vázquez Díaz pinta «Torero muerto», se deslizan los suaves, apacibles y serenos días de aquel 1912 y 1913, antesala del terrible 1914, que marca el primer paso, en el siglo, atentatorio a los más firmes y universales postulados de paz y de concordia en este mundo de hombres de «buena voluntad» que vulneran, deliberada y conscientemente,

la tónica del ambiente. El arte ya no se nutre del tema religioso, máximo exponente de la eterna espiritualidad humana. Lo episódico, lo histórico, el costumbrismo, entra, con todos los honores inherentes a su alta jerarquía, en la esfera deslumbradora del arte. Y Vázquez Díaz busca, cuida y selecciona sus modelos para este cuadro, que, expuesto más tarde en la Nacional de Bellas Artes de París, obtiene para su autor la recompensa de su ingreso como miembro del «Salon Nacional» de la capital de Francia.

mente, la primigenia ley de Dios.

Vázquez Díaz ha concebido su obra mucho tiempo antes. Cuando, mediado el año 12, da sus primeras pinceladas sobre el lienzo de nivea e impoluta blancura la obra está ya vista, corregida y aumentada en el cerebro, ampulosamente artístico, del pintor. ¿Tiene Vázquez Díaz veintinueve, treinta años? Está, eso se sabe, en la plenitud de un concepto privativo sobre el arte y su renovación, que ha de marcar indeleblemente su ruta futura. El Vázquez Díaz de hoy ya se adivina, ya se vislumbra, con todas las consecuencias que ha de originar en una generación que siente el ansia de un *snobismo* pictórico; pero un *snobismo* que no se salga de la rígida línea que imponen los más puros y trascendentales cánones del arte. Renovarse, sí, pero sin perder el compás, atentos siempre a las armonías que sirven de fondo a la gran marcha triunfal de la vida. Todavía cuando este cuadro se pinta, está de moda la nota, más o menos aguda, melodramática. Es la herencia, aun viva, de un sentimentalismo que se apoderó, un siglo antes, de los hombres. La vida del torero es siempre una más o menos endulzada tragedia. Y Vázquez Díaz —no iba a ser una excepción— queda prendido en las redes de un efectismo pictórico que tiene ramificaciones en la política, en las costumbres, en la literatura...



JAAVEDRA

Caída al descubierto.



ENRIQUE  
SEGURA